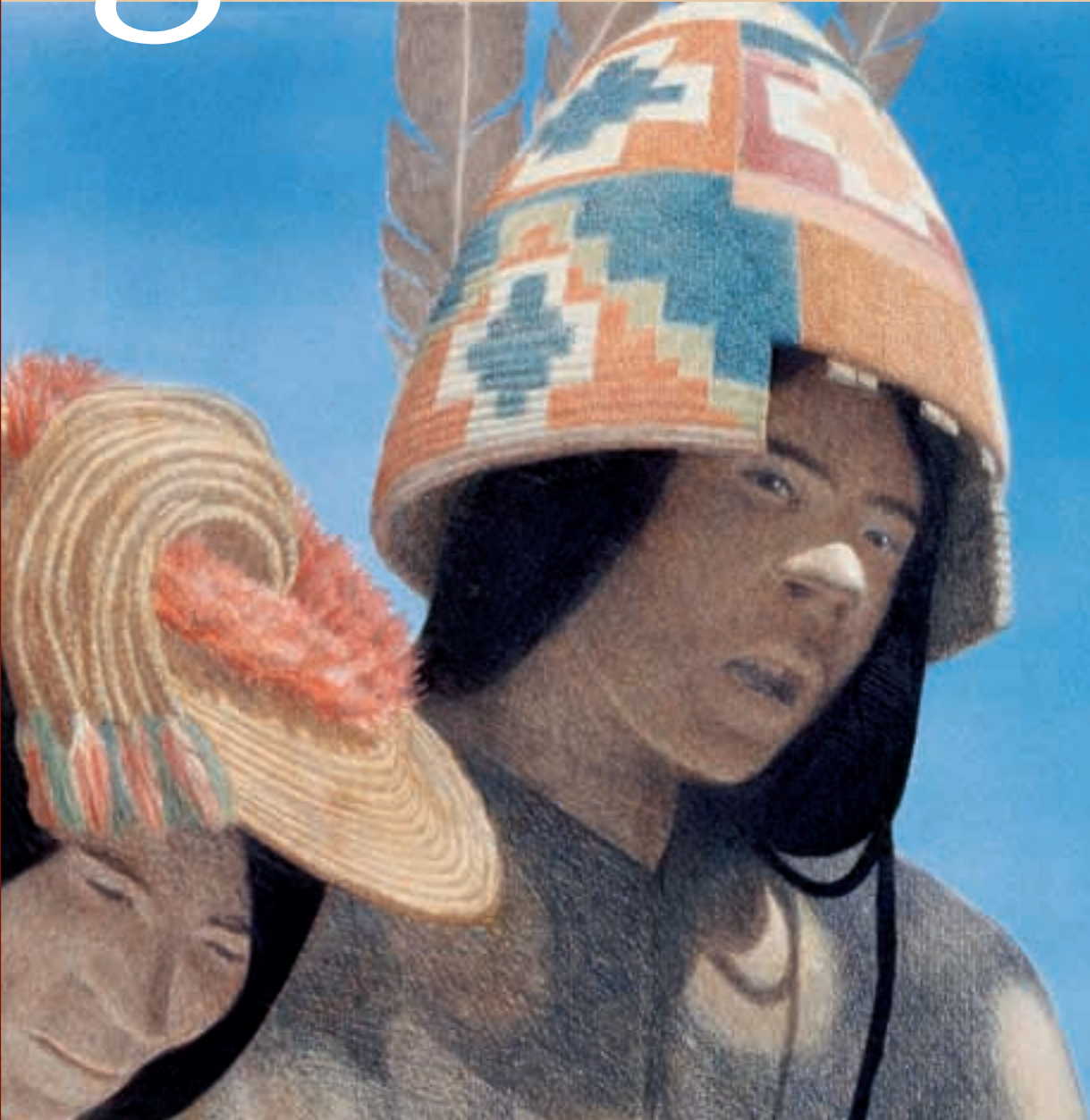


headdresses
from the desert

gorros del desierto



Gorros del Desierto

Exposición, octubre 2006 / mayo 2007

Museo Chileno de Arte Precolombino
Fundación Familia Larraín Echenique
Ilustre Municipalidad de Santiago

Auspicio



Ley de Donaciones Culturales



ILUSTRE
MUNICIPALIDAD
DE SANTIAGO

MUSEO CHILENO
DE ARTE
PRECOLOMBINO

FUNDACION
FAMILIA
LARRAIN ECHENIQUE





Páginas previas:
Tambo de Paine, a la entrada
del Despoblado de Atacama.

Para la Ilustre Municipalidad de Santiago
y la Fundación Familia Larraín Echenique
es muy grato presentar la exposición
Gorros del Desierto, una extraordinaria
colección de gorros, tocados y diademas de los
pueblos que habitaron el desierto chileno.
En este esfuerzo colaboraron las siguientes
instituciones:

*Museo Nacional de Historia Natural,
Museo de Artes Visuales de Santiago,
Instituto de Investigaciones Antropológicas de la Universidad de Antofagasta,
Museo R. P. Gustavo Le Paige S. J. –San Pedro de Atacama,
Universidad Católica del Norte,
Museo Municipal de María Elena, y
Museo Arqueológico San Miguel de Azapa, Universidad de Tarapacá.*

Agradecemos a Minera Escondida, que,
con su generosa colaboración, hizo posible
la realización de esta importante iniciativa cultural.

Raúl Alcaíno Lihn
Alcalde
Ilustre Municipalidad de Santiago

Clara Budnik Sinay
Presidenta
Fundación Familia Larraín Echenique

Contenido

8	Vestir la cabeza en los Andes
<hr/>	
12	La era de los enturbantados
15	Turbantes para el más allá
20	La lana se les sube a la cabeza
<hr/>	
24	Los siglos de Tiwanaku
27	La gente de cuatro puntas
31	De gorro de piel por el desierto
<hr/>	
34	La edad de los guerreros
38	Los cascos van a la guerra
40	Dime qué gorro llevas...
<hr/>	
52	Bajo el Imperio del Sol
56	El Consejo Real del Inka
61	El Imperio pierde la cabeza
63	Epílogo
64	Reconocimientos
67	Notas
70	Referencias
75	Texto en inglés – <i>English translation</i>

Señales en la cabeza

Los tocados de Wirakocha en el norte de Chile

José Berenguer R.*

Vestir la cabeza en los Andes

Uno de los primeros actos del dios Wirakocha al crear el mundo, fue dar trajes a cada nación.¹ No debiera extrañar, entonces, que las crónicas de los conquistadores españoles del siglo XVI coincidan en destacar que los diferentes pueblos de los Andes se conocían por sus trajes.² Existían, por supuesto, prendas especiales para algunas situaciones, fiestas y ceremonias, pero en lo esencial, el atuendo funcionaba como marcador de identidad social o de membresía del individuo a un grupo étnico. Algunos autores sostienen, sin embargo, que tales distinciones fueron impuestas por los inkas.³ Cada nación del imperio debía identificarse por sus túnicas, mantas y tocados. Hombres y mujeres estaban obligados a llevar las prendas que les eran propias y a no intercambiarlas con las de otros pueblos, so pena de severos castigos.⁴ Entre las diferentes piezas del traje andino, el tocado era uno de los elementos más distintivos. En su libro *La crónica del Perú*, Pedro Cieza de León dice que, aunque la ciudad del Cuzco estaba llena de extranjeros, provenientes de las más diversas y remotas provincias del imperio, “andaban al uso de sus tierras, y aunque hubiese juntos cien mil hombres, fácilmente se conocían con las señales que en las cabezas se ponían”.⁵

Cuando en 1540 el Conquistador Pedro de Valdivia y sus huestes ingresaron a lo que hoy es el norte de Chile, encontraron diversos pueblos nativos que los cronistas identificaron como “servidores del Inka” y que describieron como gente “dispuesta y bien vestidos como los del Pirú”.⁶ Picas, guatacondor, “caperuzones” y atacamas, son algunos de los grupos indígenas mencionados por los peninsulares en una de sus primeras travesías por el Norte Grande. Aunque no detallaron las prendas que componían sus atuendos, más de 100 años de arqueología en el desierto chileno han permitido recuperar un amplio repertorio de piezas del vestuario, que compensa con creces las omisiones de los cronistas.

Turbantes, bandas cefálicas, gorros, cascos, capuchas y diademas, destacan con luces propias en este repertorio. Confeccionados en materiales perecibles, como algodón, piel o lana de camélido, y menos a menudo, cuero, paja, plumas y madera, sorprende realmente que estos antiguos y frágiles tocados se hayan conservado en tan buen estado hasta nuestros días. Esta afortunada circunstancia se podría atribuir a que en los Andes las personas eran enterradas con sus pertenencias más preciadas, incluyendo sus mejores prendas de vestir. No obstante, tal práctica es común en muchas otras partes del globo, donde, sin embargo, estas prendas no han perdurado. La explicación reside, más bien, en las excepcionales condiciones del desierto, cuya extrema aridez disminuye drásticamente el proceso de descomposición de la materia orgánica.

Los tocados legados por el desierto y sus habitantes ancestrales constituyen un valioso patrimonio cultural, que merece ser conservado, investigado y difundido. No sólo por sus cualidades estéticas como objetos o por la capacidad que alguna vez tuvieron de investir a sus usuarios con valores distintivos, ni siquiera únicamente por la habilidad técnica que se necesitó para confeccionarlos, sino también porque revelan una historia de las prendas cefálicas que antecede en varios milenios a la invasión incaica y que atraviesa los episodios más significativos del desarrollo cultural prehispánico del norte de Chile. (*Figura 1*)

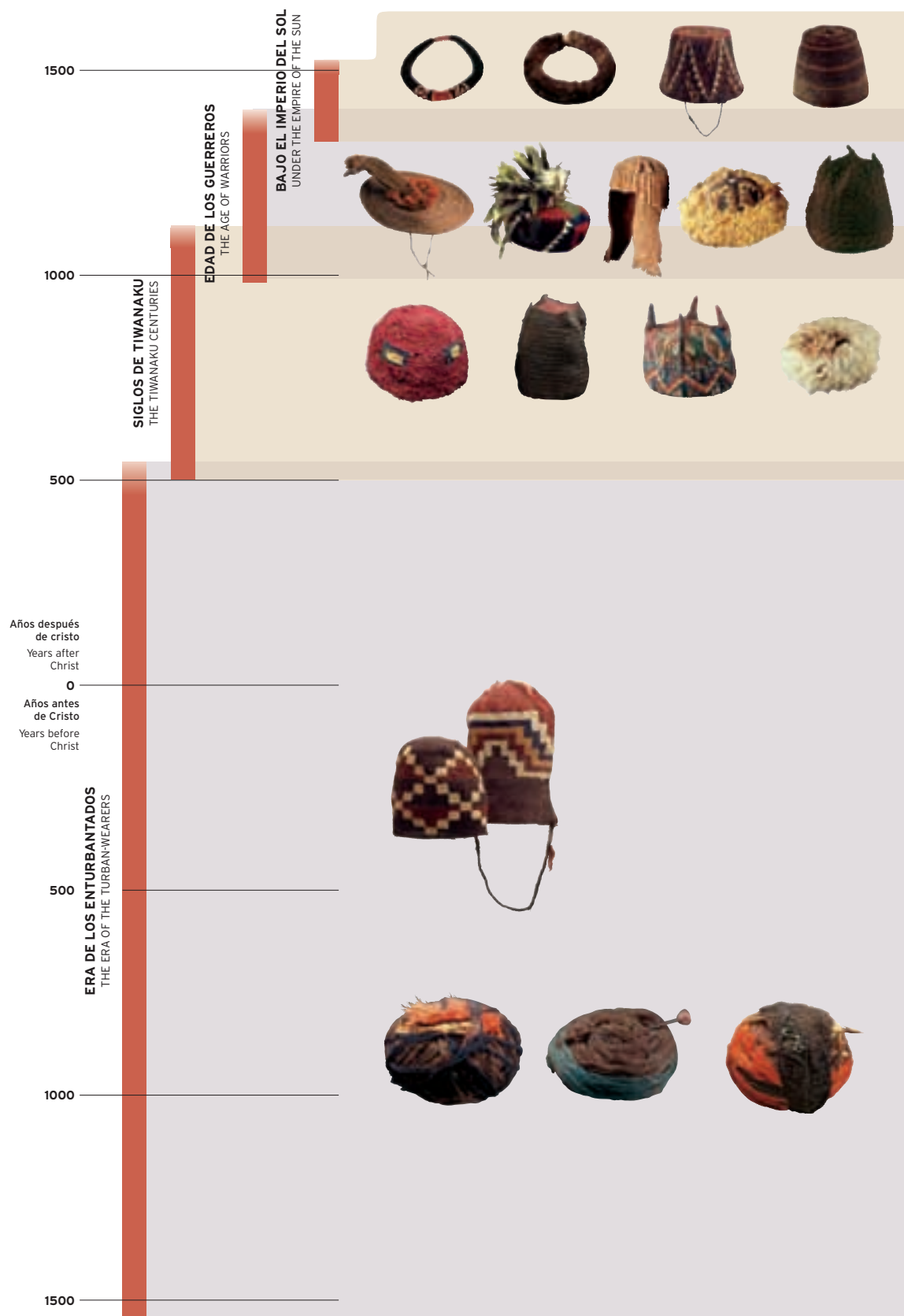


Figura 1.
Gorros en el tiempo y el espacio.





La era de los enturbantados



A pesar de sus severas limitaciones ambientales, el norte de Chile posee una larga y rica historia cultural, que se remonta, al menos, a 9000 años a.C. en el interior y a 7500 años a.C. en la costa. Desde entonces y durante varios milenios, los habitantes del Norte Grande vivieron en refugios ocasionales, construyeron pequeños campamentos y mantuvieron un modo de vida basado en una alta movilidad y en la apropiación de los recursos naturales mediante la caza, la recolección y la pesca. Algunos grupos del litoral desarrollaron complejas técnicas de momificación artificial de sus difuntos, mientras otros, del interior, iniciaron la tradición de grabar o pintar imágenes en las rocas. Poco a poco comenzaron a experimentar con la domesticación de plantas y camélidos silvestres. A partir de 1500 años a.C., diversos grupos empezaron a organizarse en comunidades más grandes, construyendo los primeros caseríos y aldeas en los valles costeros y oasis del desierto. Las sociedades se convirtieron en productoras de alimentos, crearon sus primeros objetos de cerámica, manufacturaron adornos de metal, y utilizaron el algodón cultivado en los valles cálidos y la lana de los rebaños de altura para confeccionar vestimentas. En la puna, los pastores domesticaron llamas más resistentes para el transporte. De ahí en adelante, el tráfico de caravanas asumiría un papel importante en los intercambios económicos entre las tierras altas y bajas, así como a través del desierto, influyendo indirectamente en la transmisión de nuevas tecnologías, instituciones y formas simbólicas.

Los pescadores y agricultores de Tarapacá establecieron estrechos lazos culturales con las sociedades del altiplano peruano-boliviano, que buscaban complementar su economía con productos de las tierras bajas. El consumo de polvos alucinógenos por la nariz, los sacrificios humanos y la construcción de montículos funerarios en esta región fueron parte de una ideología que irradiaba de Chiripa y más tarde de Pucara, dos prestigiosos reinos agrícolas y ganaderos que florecieron en el lago Titicaca, dotados de templos semi subterráneos, escultura monumental, parafernalia ritual y una compleja iconografía sobrenatural. Gradualmente, los faldellines de fibra vegetal y las gruesas mantas que vestían los habitantes del desierto, dejaron paso a finas túnicas y fajas tejidas a telar, muchas de ellas ejecutadas en técnica de tapicería y decoradas con elaborados diseños. Al interior de estas comunidades aparecieron también las primeras diferencias sociales entre los individuos.

Los agricultores y pastores de Atacama, por su parte, cultivaron vínculos con las sociedades del sur de Bolivia y del noroeste de Argentina, con las cuales compartían niveles de desarrollo cultural muy parecidos y un vivo interés por artículos de sus contrapartes. El intercambio de bienes incluía obsidiana, conchas del Pacífico, plumas de aves selváticas, maderas, mineral de cobre, así como manufacturas tales como cerámicas, utensilios tallados en madera, instrumentos y adornos de metal, cestos, piezas textiles y joyas hechas en turquesa, sodalita, malaquita y otras piedras semipreciosas. Inicialmente, fumaban en grandes pipas de cerámica, a la usanza de las comunidades trasandinas, pero hacia el siglo III comenzaron a inhalar por la nariz potentes polvos alucinógenos. Al igual que en Tarapacá, aunque más tardíamente, en Atacama se hizo sentir una fuerte influencia ideológica de los reinos del lago Titicaca, arraigó un culto al “sacrificador” y a la cabeza cortada, y se popularizaron túnicas y taparrabos hechos en técnica de tapicería que sustituyeron a gran parte de la indumentaria local.

Turbantes para el más allá

Al parecer, la historia de los turbantes comenzó a orillas del mar, en las playas, acantilados y desembocaduras de los valles del extremo norte de Chile. Los grupos Chinchorro llevaban por aquel entonces más de cinco mil años moviéndose a lo largo del litoral, explotando uno de los mares más ricos del planeta. Equipados con una tecnología muy básica, pero sumamente efectiva, estos habitantes de las nieblas costeras recolectaban mariscos y algas, capturaban lobos marinos con arpones de hueso, cazaban aves acuáticas con trampas y lanzaderas, y pescaban una amplia variedad de peces de orilla con redes y anzuelos hechos con espinas de cactus o con valvas de moluscos. Algunos grupos incursionaban también hacia el interior de los valles, para recolectar recursos vegetales, proveerse de materiales líticos para sus herramientas y cazar mamíferos terrestres, regresando a sus campamentos junto al mar. Llevaban finos hilados de algodón en la cabeza –los mismos que usaban como lienzas para pescar– lucían collares de cuentas de conchas y vestían faldellines hechos con fibras vegetales recolectadas en los totorales de las lagunas litorales. Estas fibras les servían también para confeccionar esteras con las que envolvían a sus muertos. La preocupación por el destino de los difuntos en la otra vida los había llevado a desarrollar ritos mortuorios, que incluían técnicas muy

elaboradas de preparación y conservación de los cadáveres. Hacia 2000 años a.C., esta milenaria tradición de “momificación artificial” tocaba a su fin. La preocupación por la protección ritual del cuerpo de los difuntos había quedado reducida a la cabeza. Los últimos muertos de Chinchorro todavía mostraban la cara cubierta con una máscara de barro, pero unos pocos empezaban a llevar enrollados en la cabeza hilos de un material nuevo, que se parecía más al pelo humano que al algodón y que obtenían mediante intercambios con grupos de valle arriba.⁷ Eran los primeros tocados de lana de camélido que se conocían en la zona. Durante los dos milenios siguientes, estos turbantes iban a difundirse como un reguero de pólvora hacia el interior de los valles y oasis del desierto, pasando a caracterizar a las primeras poblaciones de agricultores del norte de Chile.

Básicamente, el tocado que caracterizó a este período consiste en hilados y madejas de hilados de 3 a 4 metros de largo, que envuelven completamente la cabeza, dejando fuera únicamente una parte del rostro.⁸ Dada su naturaleza moldeable, el interior de los ejemplares se adapta

Figura 2a.
Turbantes del desierto.
MChAP PE-217.



fácilmente a las diversas deformaciones artificiales que presentaban los cráneos de los individuos, práctica que aplicaban a los niños desde su más temprana edad. Virtualmente todos los turbantes utilizan únicamente lana de camélido; poquísimos emplean algodón o lo combinan con lana.⁹ Pese a su aparente uniformidad, existe una gran variedad de formas de turbantes (*Figura 2 a, b, c y d*). Un estudio sobre una muestra que abarca tan sólo una parte del Norte Grande, arrojó 14 tipos y sin duda hay muchos más.¹⁰ Esta variabilidad es, principalmente, el producto del modo específico en que se enrollaban hilados y madejas en torno a la cabeza, la manera en que se unían los elementos entre sí, las combinaciones de colores en las madejas y, menos a menudo, el uso de otros materiales en la estructura del tocado, tales como cintas, paños y pelo humano. Según el mencionado estudio, algunos tipos de turbantes tienden a ser más frecuentes y característicos de ciertas áreas en particular, sugiriendo la existencia de individuos que, compartiendo una misma tradición, pertenecían a grupos culturales algo diferentes.¹¹

Figura 2b.

Turbantes del desierto.

MChAP PE-216.



En los valles del extremo norte de Chile, los turbantes subsistieron hasta alrededor del año 300 a.C., pero en la pampa del Tamarugal lo hicieron hasta el año 400 d.C. En esta última, algunos individuos llevaban amplios gorros confeccionados con técnica de nudo, constituyendo la primera evidencia de tocados propiamente tejidos en la región. En San Pedro de Atacama, los turbantes perduraron hasta los primeros contactos con Tiwanaku, hacia el siglo VI. De hecho, un excepcional vaso-retrato de esta última cultura muestra a un sujeto de rostro arrugado y bezote o *tembetá* bajo el labio inferior, luciendo un tocado en forma de turbante.¹² Una cuchara de madera de esta misma época en San Pedro, lleva tallada una figura con lo que parece ser uno de estos tocados.¹³ Incluso, existen referencias etnohistóricas que indican que los turbantes fueron usados por algunos pueblos andinos que contactaron con los españoles en el siglo XVI.¹⁴

Figura 2 c.
Turbantes del desierto.
MChAP PE-219.



La idea prevaleciente entre los arqueólogos es que los turbantes encontrados sobre la cabeza de los difuntos fueron efectivamente usados por ellos durante su vida. Sin embargo, investigadores que participaron en la excavación de los cementerios dicen que algunos tocados tapaban los ojos del individuo; agregan que, en ciertos turbantes el, segmento de la madeja que pasa por debajo de la barbilla lo sujetaba tan apretadamente al carrillo, que habría sido imposible soportarlo para una persona.¹⁵ Otros autores observan que los hilados y madejas carecen de señas de uso, tales como desteñidos o restos de grasa, como ocurre con los gorros de períodos posteriores.¹⁶ Por lo demás, estos gruesos rollos de lana parecen inadecuados para el calcinante sol del desierto o para las torrenciales lluvias de la cordillera. En fin, aunque no se puede descartar totalmente que los turbantes hayan sido parte de la vida cotidiana en el desierto chileno, lo más probable es que muchos de ellos hayan sido confeccionados especialmente para el momento del entierro. Serían tocados para la otra vida.

Figura 2d.
Turbantes del desierto.
MAVI 1984.



Muchos turbantes llevan insertados en las madejas o prendidos a ellas diversos accesorios, tales como puntas de flechas, anzuelos y cabezales de arpón. Es tentador insinuar que estos implementos indicaban las actividades desarrolladas por el individuo en el transcurso de su vida. No obstante, la utilidad práctica de otros implementos aplicados al turbante es menos evidente (*Figura 3*). Plumas, garras de aves rapaces, tubos para inhalar alucinógenos, hilados de torsión inversa, mechones de pelo humano teñido y prendedores de cobre serpentiformes, sugieren que algunos accesorios cumplieron, más bien, funciones mágicas o rituales. La relación entre ciertas aves y las visiones de individuos bajo los efectos de sustancias psicoactivas, se halla bien establecida en la etnografía sudamericana.¹⁷ El hilado de torsión inversa, por otra parte, suele considerarse en los Andes como un resguardo contra los maleficios, los malos espíritus y las enfermedades.¹⁸ Y la relación simbólica entre pelos y culebras, se encuentra también muy afincada en el pensamiento andino.¹⁹ Se podría sugerir, por lo tanto, que el turbante –como una suerte de “serpiente de lana” enrollada en la cabeza– tuvo entre sus finalidades proteger al muerto en su viaje al más allá.

La lana se les sube a la cabeza

Diversos productos marinos tales como conchas, cuentas de collar manufacturadas en valvas de moluscos y, eventualmente, algas, mariscos y estrellas de mar, parecen haber sido muy apetecidos por las complejas sociedades que en ese entonces se estaban incubando en el altiplano. Quizás, al igual como sucede hoy en día, algunos de estos artículos eran percibidos como sucedáneos sólidos del agua del mar, con todos los poderes mágicos que ésta tiene en el mundo andino para aventar sequías, propiciar la lluvia y asegurar la salud de las personas. Cuando hacia 800 años a.C. algunos grupos de pescadores de Arica se internaron valle adentro para establecer caseríos permanentes en el curso medio de Azapa y trabajar la tierra, sumaron a esta oferta una serie de cultivos semi tropicales igualmente atractivos para la gente de tierras altas.²⁰ Uno de los principales artículos que, desde un principio, los pueblos altiplánicos ofrecieron a cambio de la producción costera, fue la lana de camélido. Dotada de extensas praderas, la zona circundante al lago Titicaca iba camino a convertirse en uno de los más ricos territorios ganaderos de los



Figura 3.
Alfiler serpentiforme.
MChAP 2790.

Andes, donde la lana y sus derivados textiles comenzaban a ser importantes ítems de producción e intercambio.

En poco tiempo, el acceso a la lana altiplánica llegó a ser un potente signo de prestigio social entre los pescadores y agricultores del extremo norte de Chile.²¹ En sentido figurado, pero también de manera muy real, “la lana se les fue a la cabeza”, porque el turbante fue el principal objeto confeccionado con esta nueva fibra. Esta gran cantidad de fibra hilada en los tocados de los difuntos, contrasta con el bajo número de fibras tejidas, tanto en sus trajes como en el resto de sus ajuares mortuorios, indicando que la lana era, sin embargo, un bien escaso y por lo tanto, de alta valoración social. Aunque los turbantes aparecen por igual en las tumbas de hombres, mujeres y niños, no todos los miembros de las comunidades parecen haber tenido similar acceso a la lana. De cada 10 individuos en los cementerios del Norte Grande, sólo entre uno y tres fueron enterrados con ellos.²² Es más, los accesorios insertados o prendidos a estas prendas cefálicas suelen ser elementos únicos o exóticos, subrayando de otra manera las conexiones privilegiadas de algunos individuos con proveedores del exterior. Por otra parte, la mayoría de los implementos para inhalar alucinógenos –una práctica chamánica arribada al parecer desde el altiplano– está monopolizada en los cementerios por sujetos enturbantados. Es decir, como consecuencia de la desigual participación de los individuos en las redes de tráfico con la altiplanicie, empezaron a gestarse incipientes diferencias sociales al interior de algunas comunidades del norte de Chile, comunidades que, hasta ese entonces, habían sido esencialmente igualitarias. El medio para ostentar la riqueza fue la ofrenda mortuoria, y en especial, el turbante.

Las conexiones económicas con el altiplano pusieron a las comunidades del desierto en sintonía con los cambios culturales que estaban experimentando las sociedades del lago Titicaca. El desarrollo de las técnicas textiles en las tierras altas fomentó la introducción en el desierto de novedosas piezas de lana tejida. Es el caso de las bolsas, taparrabos y túnicas hechos a telar.

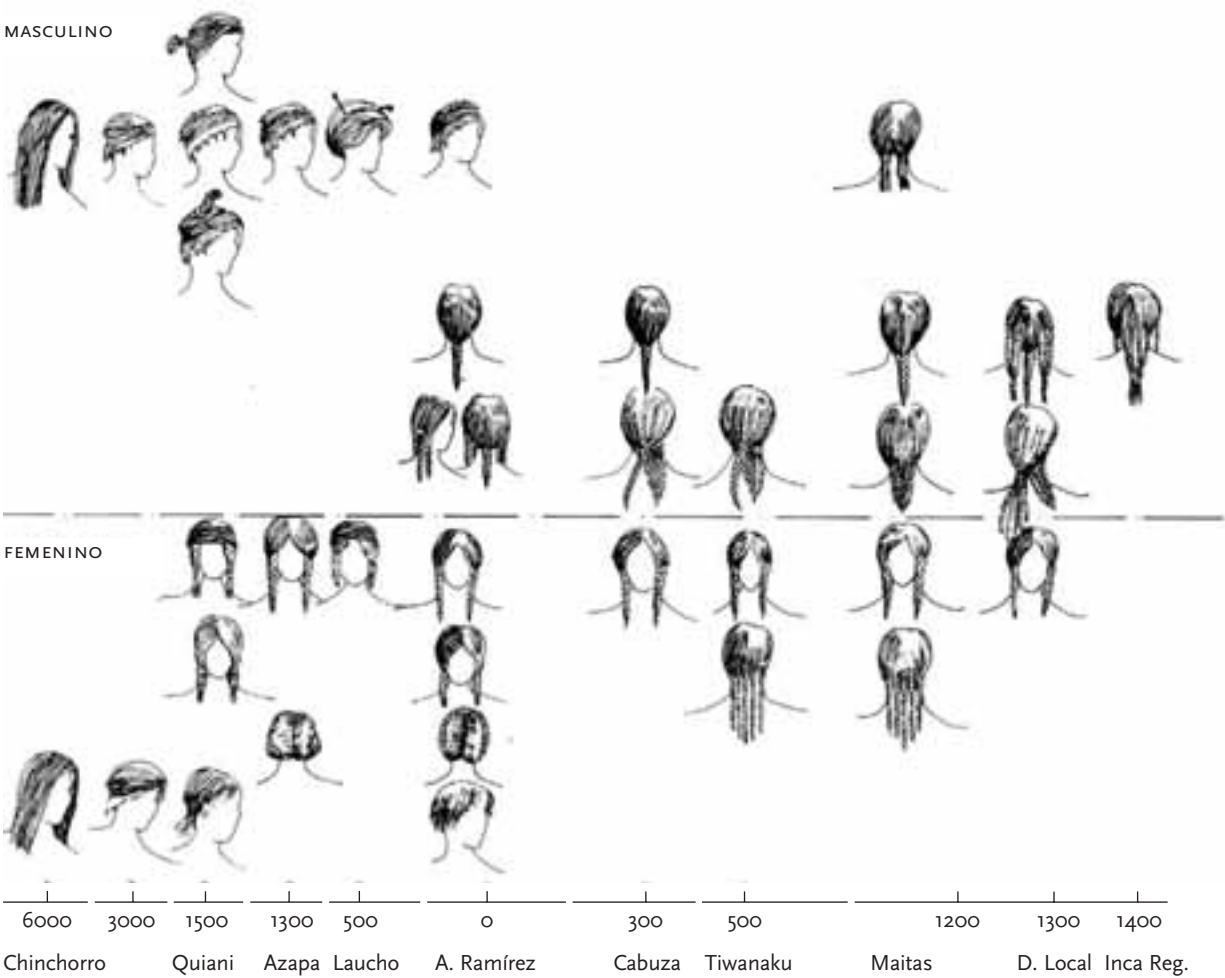
Prominente en estos aportes culturales, fue un gorro alto, de tejido anillado, sección redonda y aspecto levemente globular, que circuló en forma selectiva en algunas áreas del norte de Chile aproximadamente entre



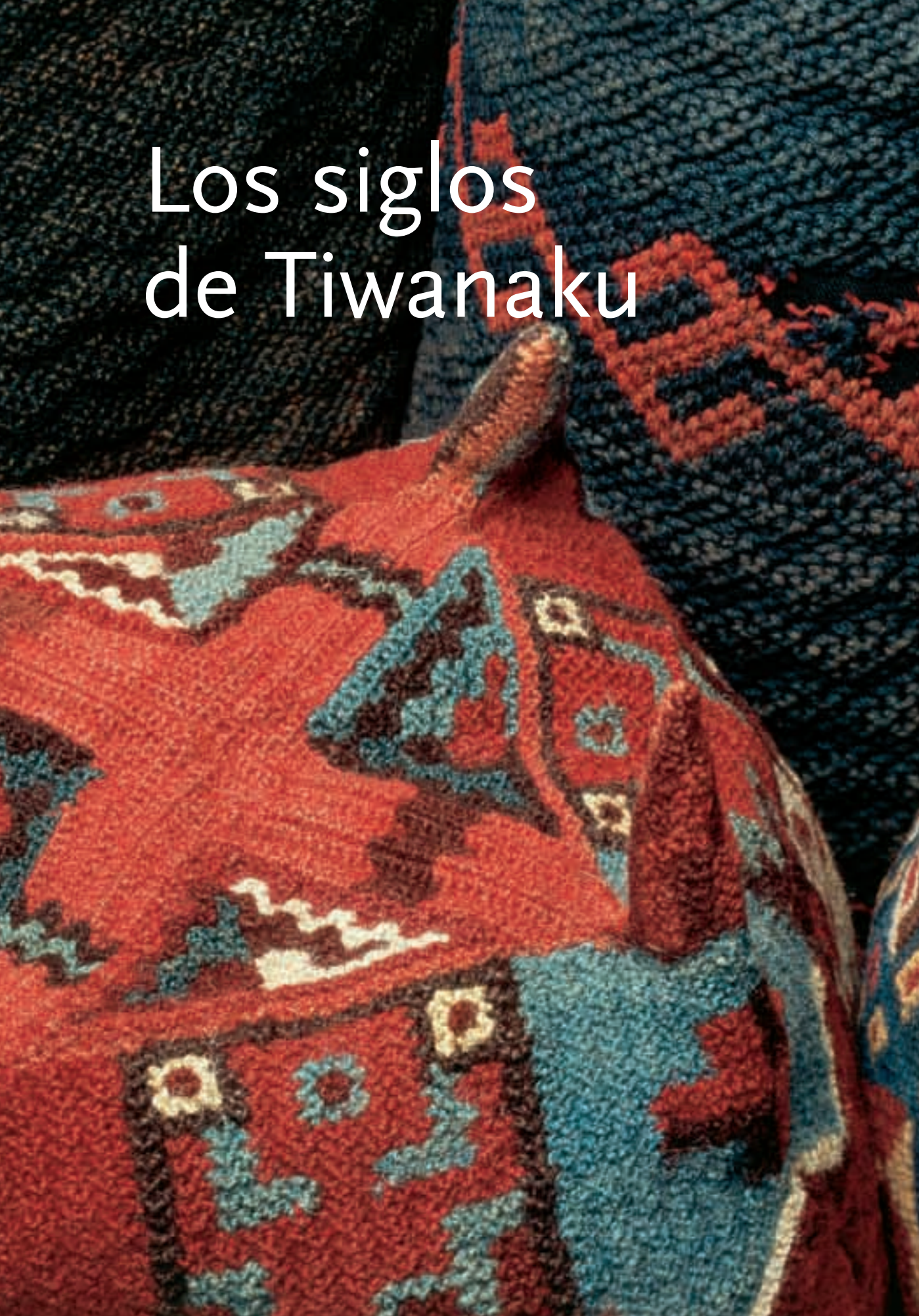
los años 500 a.C. y 500 d.C. (Figura 4). Sus diseños policromos, que incluyen motivos escalonados y cruces de lados iguales, dejan pocas dudas acerca de su vinculación con el estilo Yaya-Mama y podrían haber arribado a las tierras bajas directamente desde los reinos de Chiripa o Pucara, o bien, a través de algún punto de la costa sur del Perú relacionado con el altiplano. Otra importante innovación en lo que se refiere a la cabeza, ocurrió en los peinados. Durante la mayor parte de la era de los enturbantados, hombres y mujeres llevaban el pelo corto. Con el tiempo, empezaron a dejarlo más largo, trenzándolo bajo diversas modalidades (Figura 5)²³. La manipulación del pelo humano en complejos entrecruzamientos, no sólo parece ser un reflejo de las nuevas técnicas textiles; pareciera ser también una metáfora de los frecuentes entrecruces de individuos a través de un amplio territorio de interacción.²⁴ La apretada trama de contactos tejida durante esta época, allanó el camino para lo que en el período siguiente sería la primera integración a gran escala de los pueblos andinos.

Figura 4.
Gorros anillados.
MChAP 2742 y
MUA 2000.1.2469 A.

Figura 5.
Peinados de Arica
(según Arriaza et al. 1986).



Los siglos de Tiwanaku





Uno de los hechos políticos notables del período entrante, es el surgimiento de dos grandes Estados: Wari en el valle de Ayacucho y Tiwanaku en el lago Titicaca. Sus respectivas expansiones condujeron a un orden bipolar, que durante medio milenio ejerció influencia en una amplia variedad de grupos étnicos a través de gran parte de los Andes. Esta época en el norte de Chile estuvo marcada por las relaciones con Tiwanaku, el poderoso Estado que dominó el Titicaca después de Pucara. Su capital, situada en el lado sur del lago, fue un monumental centro cívico-ceremonial, con pirámides escalonadas, templos, palacios, templete semi subterráneos, portadas, bajorrelieves y esculturas finamente talladas en piedra. Desde ese centro y otros centros menores, sus cuerpos dirigentes administraron una próspera economía, que estuvo basada en el cultivo de granos de altura y tubérculos en “camellones” o campos elevados, la producción de finas artesanías, la crianza de grandes rebaños de camélidos y la articulación con sociedades más lejanas, principalmente por medio de tráfico de caravanas. Hacia el siglo VI, esta organización política inició una expansión hacia el sur del Perú, el sur de Bolivia y el Norte Grande de Chile. Aunque este proceso obedeció a razones fundamentalmente económicas y produjo importantes cambios sociales y tecnológicos en las sociedades locales, la expansión de Tiwanaku es reconocida por los arqueólogos principalmente a través del hallazgo en los sitios de una gran variedad de artefactos que portan imágenes de su emblemático estilo de arte: personajes con báculos, cabezas radiantes, personajes alados, sacrificadores, felinos, aves falcónidas, serpientes con rasgos de felino y otros motivos de fuerte contenido ideológico.

Dos zonas del desierto chileno captaron el interés de Tiwanaku: el valle de Azapa en el extremo norte y San Pedro de Atacama en el corazón del territorio atacameño. En Azapa, los dirigentes altiplánicos propiciaron la instalación de pequeñas colonias de agricultores para proveer al Estado con productos del valle y fomentaron relaciones de intercambio con los agricultores y pescadores locales. Hacia el año 800 d.C., los intereses económicos en el valle llegaron a ser lo suficientemente importantes como para establecer un centro administrativo en San Lorenzo, frente a la

localidad de San Miguel de Azapa.²⁵ *Keros* y vasos-retratos de manufactura local, pero muy similares a los de Tiwanaku, sugieren que los colonos de Azapa participaron de los mismos ritos de libación de chicha de maíz o de quínua con que el Estado solía retribuir el trabajo de sus campesinos en el altiplano. Las marcadas diferencias sociales que caracterizaban a la sociedad de Tiwanaku en su núcleo político, se expresaban también en alguna medida en sus colonias de Azapa. Los funcionarios que administraban estos enclaves, gozaban de niveles más altos de vida y vestían mejores ropas que el resto de la población.

Más al sur, San Pedro de Atacama se había convertido en un bullente centro de intercambios, donde convergían múltiples rutas de caravanas. Además, la explotación de cobre y turquesas en los yacimientos mineros de la región había generado una floreciente industria y una activa red de intercambio de piedras semipreciosas. Para insertar a este neurálgico oasis dentro su órbita y capturar su atractiva producción, Tiwanaku no implantó colonias, como en Azapa; aplicó, en cambio, una estrategia de persuasión ideológica entre los sectores de mayor rango de la sociedad atacameña. El consumo ritual de alucinógenos por vía nasal, tanto en Tiwanaku como en San Pedro, parece haber sido uno de los medios por los cuales los agentes del Estado influyeron en las negociaciones con las élites locales. A través de imágenes talladas en tubos, tabletas, morteros y otros implementos de madera empleados en estas prácticas, arribaron al oasis muchos de los símbolos que encarnaban el poder de Tiwanaku. Finos presentes altiplánicos, tales como túnicas o *unkus*, cerámicas, cestos y objetos manufacturados en metales nobles, contribuyeron también a identificar a los miembros de la elite local con la ideología estatal y a elevar el prestigio de ellos dentro de sus comunidades. Al finalizar este período, la bonanza económica en San Pedro y la posición alcanzada por sus sectores socialmente más connotados, dependían en grado sumo de las conexiones con el centro altiplánico de Tiwanaku.

La gente de cuatro puntas

Si bien los primeros gorros aparecen en el Norte Grande de Chile durante el período de los enturbantados, se generalizan recién con Tiwanaku. Emblemático de esta época es el gorro de cuatro puntas, un tocado de lana de forma aproximadamente cuadrangular, coronado por cuatro apéndices cónicos en cada esquina. Vasos-retratos de cerámica y figuras humanas

talladas en madera, muestran que este tocado cubría la parte alta de la cabeza, tapando la frente hasta poco más arriba de las cejas, y dejando fuera las orejas, la nuca y las trenzas que caracterizaban el peinado masculino en esos tiempos (*Figuras 6 y 7*). Gorros de este tipo se han hallado en cantidad relativamente grande en los cementerios de la costa desértica del sur del Perú y, sobre todo, en los valles transversales del extremo norte de Chile. Generalmente están puestos en la cabeza de los difuntos, pero a veces se les encuentra en su regazo o en otras partes de la ofrenda funeraria. A diferencia de los turbantes, muestran claras

Figura 6.
Borde de un kero.
CRACC.



Figura 7.
Personaje tallado en madera.
MSMA.



Figura 8.
Gorros de cuatro puntas
bicromos y policromo.
CMBE 1320, MASMA 12665 y
MChAP 0179

huellas de uso, siendo evidente que fueron empleados durante la vida de los individuos. Su hallazgo es raro en regiones húmedas, probablemente por las malas condiciones de preservación. Se han reportado unos pocos ejemplares en los alrededores de Cochabamba y en el salar de Uyuni, en Bolivia.²⁶ En cambio, son abundantes en Azapa, aunque tienden a disminuir hacia el norte y sur de este valle, encontrándose uno que otro ejemplar en cementerios de Pica, Quillagua, Calama y Chiuchiu.

Esta modalidad de gorro exhibe cierta variación en la forma y la decoración (*Figura 8*). El gorro de cuatro puntas más clásico de Tiwanaku es el policromo en forma de pirámide truncada o de cubo, realizado con hilos de hasta nueve colores diferentes. En el campo inferior o en el intermedio, suele presentar una línea en zigzag con motivos intercalados que recuerdan las grecas de los bajorrelieves de Tiwanaku. Central en la iconografía de muchos de estos gorros son las falcónidas. Las cabezas de estas aves rapaces están dispuestas en pares yuxtapuestos y mirando hacia arriba, formando diseños escalonados que evocan a las propias pirámides



escalonadas de Tiwanaku. Las puntas del gorro, en tanto, representan cabezas de falcónidas dirigidas hacia lo alto, las que en ciertos ejemplares incluyen las alas. Finalmente, el tope del gorro es un cuadrado cruzado por dos líneas diagonales que definen cuatro áreas triangulares.

Se sostiene que los gorros de cuatro puntas operaban como una especie de insignia de membresía tiwanakota, señalando la pertenencia de sus usuarios al Estado altiplánico; se señala, además, que su variación reflejaba diferencias de clase.²⁷ Los gorros policromos habrían sido usados por miembros de la elite de Tiwanaku, tal como lo demuestran sus finos vasos-retratos, que representan personajes con estos gorros y luciendo orejeras, en cambio los ejemplares de uno o dos colores habrían sido utilizados por sectores relativamente más bajos en la escala social. En su estructura textil, estos últimos gorros muestran en relieve diseños en zigzag o hileras de rombos, dos motivos que forman parte del vocabulario iconográfico de Tiwanaku.

Ciertas versiones de estos gorros monocromos y bicromos fueron adoptadas por las poblaciones costeras de Arica. Se ignora, no obstante, si

Figura 9.
Gorro de piel.
MASPA, Coyo Oriente T. 3912.



lo hicieron por mera imitación de los colonos o porque efectivamente integraron el sistema político de Tiwanaku. Sea como fuese, la “gente de cuatro puntas” proclamaba a través de esta enseña cefálica su alineamiento político o cultural con el Estado altiplánico.²⁸ Después de la caída de Tiwanaku, muchos de estos gorros -visualmente más sencillos que los policromos- permanecieron en uso entre los habitantes locales por largo tiempo, coexistiendo con gorros aterciopelados de forma hemisférica.

De gorro de piel por el desierto

Al igual que en Azapa, en Atacama el gorro, como forma genérica de tocado, se conocía antes de Tiwanaku, pero llegó a ser de uso común sólo a partir de la época de conexiones con este Estado. El más típico fue un gorro consistente en un grueso anillo de fibras vegetales trenzadas forrado en piel de camélido, que cubría la frente y el cuero cabelludo, dejando fuera las orejas y las trenzas (*Figura 9*). Al anillo iba cosido un casquete o cubierta circular de tejido anudado, que se ajustaba a la parte

Figura 10.
Vasos-retratos de Tiwanaku
y Cochabamba.
MNA/DINAAR y MAA/USS.



superior de la cabeza. Algunos ejemplares incluían una carrillera que los sujetaba por debajo de la barbilla. Aunque estos gorros pueden haber tenido una distribución más amplia, hasta ahora solamente se les ha encontrado en cementerios de las cuencas del salar de Atacama y del río Loa. Puede que resulte extraño el uso de gorros de piel en ambientes percibidos como calurosos, pero la verdad es que constituyeron una buena solución práctica para proteger a sus portadores del viento, la alta insolación y las gélidas temperaturas que caracterizan al desierto y la puna atacameña en ciertas temporadas del año.

Los gorros de piel aparecen en las tumbas de San Pedro de Atacama menos abruptamente que los gorros de cuatro puntas en el valle de Azapa. Algunos autores sugieren que el tocado circular que imprime a la cabeza de los vasos-retratos de Tiwanaku una forma ligeramente convexa, fue el modelo para los gorros de piel de Atacama (*Figura 10*).²⁹ Y en efecto, el grueso anillo de piel da a la cabeza de las momias de San Pedro un aspecto “abombado”, que es similar al notado en los vasos-retratos. Dos pequeñas estatuas de la localidad altiplánica de Pokotia portan gorros muy similares a los gorros de piel atacameños, sugiriendo fuertemente que estos últimos tuvieron efectivamente sus prototipos en el lago Titicaca, probablemente durante la transición entre Pucara y Tiwanaku.³⁰

La práctica de los inkas de distinguir a las diferentes “naciones” de su imperio por sus atavíos, pareciera tener sus más remotos antecedentes en el orden político multiétnico de Tiwanaku. En sus colonias ariqueñas, el Estado fomentó el uso del gorro de cuatro puntas en sus diferentes modalidades; en San Pedro de Atacama, en tanto, Tiwanaku habría alentado el uso del gorro de piel.³¹ Como las relaciones con la población del oasis fueron exclusivamente de elite a elite, durante la hegemonía altiplánica estos últimos fueron parte del vestuario de los sectores de más alto estatus de la sociedad local. Con el correr del tiempo, sin embargo, el gorro de piel se extendió a sectores de menor estatus. Aunque en este período hubo una variedad de otros tocados, incluyendo gorros semiesféricos, boinas afelpadas y bandas cefálicas, los talladores de figuras en madera privilegiaron la representación de gorros de piel, lo que indica que, a la larga, este tipo de tocado se convirtió en uno de los elementos más distintivo del traje atacameño (*Figura 11*). En Tiwanaku, las mujeres de la elite iban tocadas con un paño sujeto a la coronilla que caía a ambos lados de la cabeza, pero tanto en Azapa como en Atacama, parecen haber ido con la cabeza descubierta.³²



Figura 11.
Gorro hemisférico afelpado.
MChAP 2987.



La edad de los guerreros



Después del colapso de Wari y Tiwanaku en el siglo XI, se produjo un vacío de poder, desatándose una época de intensos conflictos interétnicos en casi todos los Andes. La integración lograda en el período previo, merced al control de estos dos Estados, dejó paso al reparto del poder entre diversos caudillos étnicos. De un orden bipolar, se transitó a otro multipolar. Al mismo tiempo, sobrevinieron varios siglos de extrema aridez, que mermaron la producción agroganadera, generando desplazamientos de población hacia territorios de otros grupos étnicos y obligando a éstos a defenderse construyendo *pukaras* o fortalezas en puntos altos y estratégicos. La guerra se enseñoreó en toda el área. Cada región comenzó a enfatizar sus diferencias culturales con otras regiones a través de distintivos estilos de cerámica, formas de enterramiento, modalidades de culto y maneras de vestir. No obstante, muchos elementos culturales introducidos por Wari y Tiwanaku, permanecieron hasta bien avanzado este período. Pese a los conflictos, las sociedades en pugna lograron mantener redes de interacción e intercambio por medio de treguas, pactos, alianzas, negociaciones y otros procedimientos de distensión, aunque fueron vínculos de más corta distancia que en el período anterior. Paradójicamente, ni la guerra ni la crisis climática fueron obstáculo para que la agricultura, el crecimiento de la población, el tamaño de los asentamientos y los intercambios alcanzaran niveles sin precedentes en varias partes de los Andes.

Atacama, Pica-Tarapacá y Arica son los principales sistemas culturales que caracterizaron a este crispado período de la prehistoria andina en el norte de Chile. Las conexiones de San Pedro de Atacama con Tiwanaku cesaron a mediados del siglo X. Este hecho y la creciente aridez pusieron fin al liderazgo regional de ese oasis, inaugurando una época de acentuado empobrecimiento y malas condiciones de vida, que condujo a una reorganización de la sociedad atacameña. En busca de agua para los regadíos y de buenos pastos para el ganado, algunos grupos trasladaron sus asentamientos a lugares más favorables.³³ Villorrios como Chiuchiu o zonas como la cuenca alta del río Salado, que en el pasado habían desempeñado roles secundarios en la economía de la cultura San Pedro, ahora adquirieron mayor relevancia. La construcción de varios *pukaras* y poblados fortificados, situados en relativa vecindad, sugiere que los conflictos intestinos por la tierra y otros recursos fueron comunes en la

región. Es muy probable, sin embargo, que con el transcurso del tiempo, las comunidades locales hayan considerado la conveniencia de superar sus divisiones y rearticularse como sociedad, entre otras cosas, para defenderse de agresiones foráneas. Promediando el período, los atacameños coexistían con pequeñas colonias altiplánicas en el río Salado, mantenían contactos de intercambio con pescadores del litoral y controlaban un enclave en Quillagua, en tensa convivencia con grupos de Pica-Tarapacá.

Pica-Tarapacá se desarrolló en los oasis y valles situados en el borde oriental de la pampa del Tamarugal. Dueños del tráfico caravanero hacia el litoral, pero con poca envergadura como sociedad, optaron por articularse con Quillacas, un señorío agroganadero que tenía su núcleo político en el altiplano y que estableció pequeñas colonias en la vertiente occidental de los Andes. Gran parte de los senderos, paraderos de caravanas, geoglifos y *apachetas* de la región, responden a estas conexiones de tráfico entre el altiplano, la pampa y la costa. Por otro lado, la localización del territorio de Pica-Tarapacá entre Atacama y Arica, facilitó también una activa interacción con esas dos áreas. Seguramente debido al rol articulador de esta sociedad en el desierto central, sus sitios contienen una amalgama de artefactos de muy diversos orígenes culturales. Decenas de bolsas, cencerros de madera, sogas y ganchos para sujetar la carga, encontrados como ofrendas en las tumbas de Pica, confirman la especialización de algunas de estas comunidades en el tráfico con recuas de llamas. Piezas de armadura, hondas, flechas, carcaj y manoplas, sugieren, por otra parte, que las expediciones caravaneras y la propia vida en la región contemplaban la posibilidad de encuentros violentos con otros grupos.

Arica, en tanto, fue una sociedad agro-marítima que ocupó la costa, los valles y la sierra del extremo septentrional de Chile. Su origen más inmediato se halla en la coexistencia entre la población local de Azapa y las colonias de Tiwanaku. Desde aproximadamente el año 1000 d.C. en adelante, aumentó la población, las aldeas se multiplicaron a través de la región y artesanías como la cerámica y los textiles experimentaron notables avances. La clave de este exitoso desarrollo se encuentra en la economía mixta de sus habitantes, divididos en parcialidades agricultoras y parcialidades pescadoras. Pero también reside en la ocupación de la sierra por parte de grupos culturalmente afines, quienes criaron ganado y cultivaron la tierra mediante complejas obras hidráulicas. En esta época,

la gente de Arica puso cierto freno a la expansión de los señoríos aymaras del altiplano, como Pacajes y Carangas, cuyos habitantes, acosados por las sequías, presionaban por instalar colonias en su territorio. Varios *pukaras*, localizados en alturas intermedias entre el altiplano y la costa, testimonian las fricciones con esos señoríos y revelan el borrascoso clima político en que se desenvolvían entonces las relaciones entre “alteños” y “bajeños”.

Los cascos van a la guerra

En su famoso relato sobre las sucesivas edades por las que pasó el mundo andino a lo largo de su existencia, el cronista mestizo Felipe Guamán Poma de Ayala denomina al período que antecede a los inkas, *Auca Runa* (Edad de los Guerreros). Lo describe como un período de cruentas batallas, masacres, raptos y saqueos, en que todos luchaban contra todos. Añade que, por temor a la guerra, la gente abandonó sus pueblos en tierras llanas, para mudarse a sitios altos y amurallados, “*que ellos les llaman pucara*”.³⁴ Se ha insinuado que esta descripción no se basó en acontecimientos reales, sino míticos. Algunos arqueólogos, por otra parte, observan que muchos *pukaras* y otros sitios fortificados son inapropiados para la defensa, porque presentan múltiples accesos, carecen de parapetos o tienen muros demasiado largos como para defenderlos en todos sus puntos.³⁵ Otros dudan que haya habido guerras reales o “destructivas”. Señalan que se trataba, más bien, de “batallas rituales” o “contenidas”, donde el objetivo no era matar al rival, sino únicamente herirlo, como sucede hoy en los *tinkus* que se celebran periódicamente en los Andes entre jóvenes de diferentes comunidades, parcialidades o grupos de parentesco.³⁶ Sin embargo, ciertos traumas en los esqueletos del período, trofeos de partes del cuerpo humano, esqueletos mutilados, artefactos hechos con huesos humanos, armas y piezas de armadura, indican que las guerras andinas tuvieron poco de míticas y mucho de reales. Por otra parte, las defensas de un sitio fortificado no tienen porqué ser continuas e inexpugnables para ser efectivas, especialmente cuando las fuerzas en contienda son relativamente pequeñas y equipadas con una baja tecnología bélica, como ocurría en esa época.³⁷ Finalmente, los *tinkus* modernos muy rara vez incluyen la participación de mujeres, tampoco incluyen la captura de trofeos humanos y nunca se realizan en lugares fortificados.³⁸ Estos argumentos tienden a ratificar la existencia del *Auca Runa* como un hecho histórico. Muchos de los conflictos que caracterizaron a esta época fueron, probablemente, breves incursiones en territorio enemigo, enfrentamientos aislados o de baja intensidad, pero hay pocas dudas de que en ciertos lapsos hubo conflictos masivos y generalizados.

Según Guamán Poma, el armamento con que hacían la guerra los pueblos andinos consistía en lanzas, mazas o porras, hondas, hachas, pectorales de metal y cascos, lo que sugiere que en los combates se abatía al contrincante principalmente mediante armas punzantes, de corte o de

fuerte impacto.³⁹ La viñeta que acompaña este pasaje del manuscrito del cronista, incluye varios de estos implementos, pero, además, piedras lanzadas con las manos desde lo alto de un *pukara* hacia las primeras líneas de atacantes (Figura 12). La cabeza era, por lo tanto, uno de los principales blancos en las batallas. Recientes estudios realizados en cráneos de cementerios de San Pedro de Atacama, muestran que, entre 1000 y 1400 años d.C., los casos de violencia interpersonal, tanto en hombres como en mujeres, triplican a los de los tiempos de Tiwanaku y son más de siete veces más altos que en la época inkaica, confirmando que los períodos de hegemonía estatal en el oasis estuvieron separados por un período de considerable estrés y agitación social, que involucró a toda la población adulta sin distinciones de género.⁴⁰ Muchas de las bajas parecen haberse producido por falta de protección. La mayoría de las lesiones se encuentran en el hueso parietal izquierdo y en la nariz. Aunque no se ha efectuado todavía un buen estudio de las heridas que permita deducir con certeza el tipo de armas ocupadas, es claro que fueron inflingidas con objetos contundentes, seguramente mazas en el primer caso y talvez manoplas en el segundo (Figura 13). Por otra parte, tejido óseo cicatrizado indica que los afectados sobrevivían a veces a las heridas y que los eventos violentos eran frecuentes a lo largo de la vida de los individuos.⁴¹



Figura 12.
Edad de *Auca Runa*. (Según Guamán
Poma 1980 [1615]: 51).



Figura 13.
Manoplas y hacha de bronce.
MRA, MRA y MChAP 2697.

No todos, sin embargo, iban desprotegidos a los campos de batalla. Como defensa cefálica, los guerreros en el norte de Chile llevaban un casco en forma de domo, que resguardaba enteramente la cabeza (*Figura 14*). Era confeccionado con una armazón de tablillas, cubierta en espiral por un haz de fibras vegetales embarrilado con lana de camélido. En la zona anterior, el casco presentaba una estrecha escotadura rectangular que protegía el rostro y facilitaba la visión. La pieza iba atada bajo el mentón con un cordel a modo de barboquejo. Diseños en la superficie del tocado y artefactos sujetos a él a manera de insignias, desempeñaban probablemente funciones heráldicas o de rango. Llamativos penachos servían acaso para aumentar la estatura del combatiente e intimidar al adversario, y, junto con la pintura facial, quizás le proporcionaban una suerte de “blindaje ritual”. Hay evidencia iconográfica que sugeriría que entre el casco y la cabeza llevaban enfundada una capucha, cuyas faldas caían sobre la espalda y los hombros.⁴² Densas mantas de lana, que absorbían los impactos, y, sobre todo, gruesos petos y espaldares hechos con cuero de caimán o de lobo marino, brindaban protección al cuerpo de los ataques, incluyendo flechazos, ya que la arquería era común en el área. Es posible que los jefes guerreros hayan ido a los enfrentamientos con llamas cargueras, en las cuales transportaban sus equipos de campaña.⁴³

Figura 14.

Casco sobre capucha y casco.
MUA 2460 y MUA 245.

Dime qué gorro llevas...

Con la fragmentación del poder en el área y la exacerbación del regionalismo, se produjo un (re)surgimiento de las identidades locales, que en el período anterior habían estado quizás reprimidas, subsumidas o aún no bien definidas.⁴⁴ Emergió con fuerza entonces la necesidad de proclamar exteriormente el alineamiento de los individuos, ya no con el sistema político de Tiwanaku, sino con su comunidad étnica. La exteriorización de esta situación se hizo principalmente por medio del atuendo, ya que en los Andes prehispánicos un individuo *era* fundamentalmente por lo que *vestía*. Su traje –de la cabeza a los pies– operaba como una divisa que señalaba sin ambages su pertenencia a un determinado grupo étnico. Existía, por lo tanto, un vínculo muy estrecho entre la ropa y la identidad social de la persona.

Es así como la diversidad regional en las prendas cefálicas pasó a ser uno de los sellos del vestuario en estos tiempos. Si bien desaparecieron los gorros más elitistas, que habían estado en boga durante la hegemonía de Tiwanaku, como el gorro de cuatro puntas policromo y el gorro de piel con cubierta de enlace anudado, en el extremo norte los gorros de cuatro puntas monocromos y bicromos persistieron como forma de tocado entre los habitantes locales, al punto que pasaron a caracterizar a diferentes comunidades de la cultura Arica.⁴⁵ Experimentaron, no obstante, algunas

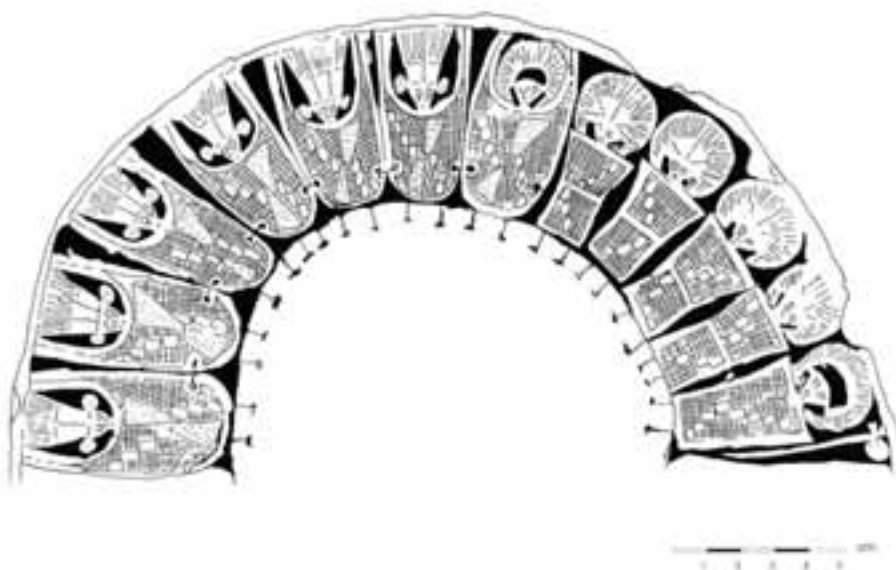




como los encontrados en el oasis de Chacance, llevan talladas figuras humanas provistas de este característico tocado.⁴⁷

En un cementerio del oasis de Chiuchiu se encontraron unas diademas de forma triangular, consistentes en una base de cuero fijada a la frente, de la cual emergen largos apéndices del mismo material.⁴⁸ Seis de los 12 personajes representados en una excepcional calabaza pirograbada, visten trajes en forma de escudo y usan diademas como éstas. Otros cinco llevan lo que parecen ser petos de cuero y tocados no encontrados aún en los cementerios locales, y uno de ellos sostiene un *tumi* o cuchillo de filo

Figura 17.
Personajes con diademas
en calabaza pirograbada.



curvo enastado. El personaje restante combina prendas de ambos grupos (Figura 17).⁴⁹ Aunque es imposible comprobarlo, la imagen puede representar a dos distintas mitades de una comunidad, o bien, una alianza entre comunidades diferentes, como la que estaba en vigencia entre *atacamas* y *chichas* al arribo de Pedro de Valdivia en el siglo XVI.⁵⁰

Propio del desierto tarapaqueño fue un tocado discoidal, muy frecuente en cementerios del oasis de Pica (Figura 18).⁵¹ Consiste en un amplio círculo de fibra vegetal coronado por plumas, desde cuyo centro arranca un grueso manojo de fibras trenzadas o, en ocasiones, un manojo de plumas.⁵² Un anillo de fibras vegetales cosido al disco, permitía encajar el gorro en la coronilla y un cordel, pasado por debajo de la barbilla, lo mantenía en posición. Debido a su estructura ligera y permeable, este gorro es inadecuado para las lluvias de la zona cordillerana, pero debe haber funcionado como una eficiente sombrilla contra el inclemente sol de la pampa.

Figura 18.
Gorros discoidales.
MChAP 2781 y MChAP PE-223.

En Pica se hallan también cascos y capuchas, pero mientras los primeros se han encontrado en una amplia área, que va desde Arica hasta el río Loa,







Páginas previas:

Figura 19 a.

Casco.

MAVI 1765 AB.

Figura 19 b.

Capuchas.

MUA 0594 2000.1.2460 y

MAVI 1782 AB.

el hallazgo de los segundos se concentran casi exclusivamente en Pica y oasis vecinos (*Figura 19 a y b*).⁵³ Algunas capuchas fueron hechas a telar y otras fueron tejidas con nudos, presentando agregados de mechones de lana que les dan un aspecto de peluca. El muchacho que los inkas sacrificaron en el “santuario de altura” de Cerro El Toro, en San Juan, Argentina, portaba un par de estas capuchas, sugiriendo que este tipo de tocado subsistió hasta el período siguiente y quizás hasta el momento de contacto con los españoles.⁵⁴ De hecho, sospechamos que los “indios caperuzones”, que según Vivar fueron uno de los grupos que avisaron a los de Atacama que Pedro Valdivia y sus expedicionarios iban

Figura 20 a.

Diadema de plumas.

MChAP 0759.



hacia esa región desde Tarapacá, recibieron ese apelativo por llevar estas capuchas piqueñas.⁵⁵

Por otra parte, se sostiene que las diademas de plumas de pelícano identificaban a las “parcialidades de pescadores” de la cultura Arica.⁵⁶ Boinas aterciopeladas con penachos u “orejas”, gorros hemisféricos y gorros troncocónicos, completan este inventario de tocados nativos y foráneos, cuya heterogeneidad respondería a un período de verdadera explosión de la etnodiversidad en el norte de Chile. (*Figura 20 a, b y c*)

Páginas siguientes:

Figura 20 c.

Boinas aterciopeladas.

MASPA Solor 3 M21,

MMME 810118 y MMME 810108.

Figuras 20 b.

Gorro de piel.

MASPA Quitur o ó 2.









The image features three Peruvian woven baskets, likely from the Andean region, arranged in a cluster. The baskets are made of natural fibers and feature complex geometric patterns in shades of red, brown, tan, and blue. Each basket has a distinct red rim. To the left of the baskets, a collection of colorful feathers, including red, yellow, and green, is visible. The background is a solid light blue color.

Bajo el imperio del sol

La expansión del Imperio Inka o *Tawantinsuyu* en el siglo XV, se basó inicialmente en la rápida conquista militar de territorios y grupos étnicos circundantes al Cuzco. En breve tiempo, los inkas dominaron a sus vecinos inmediatos. En seguida, anexaron amplias áreas a ambos lados de los Andes peruanos, y, en poco más de un siglo, conquistaron desde el sur de Colombia hasta Chile central. El orden político de los inkas, por lo tanto, fue un orden unipolar y a una escala panandina. Esta eficiente organización estatal movía tropas, funcionarios y bienes a través de largas distancias e instalaba en las provincias un modelo de gobierno basado tanto en alianzas con las autoridades locales, como en la redistribución de bienes y servicios. Una parte de la riqueza del imperio iba para las arcas del Estado, otra para financiar la religión y otra para los gobernantes, considerados descendientes del sol. En su cúspide, el *Tawantinsuyu* abarcaba cuatro grandes divisiones territoriales: *Antisuyu*, *Condesuyu*, *Chinchaysuyu* y *Collasuyu*. El norte de Chile quedó comprendido en el *Collasuyu*, que correspondía a las provincias del sur del imperio. Como en otras regiones, el sistema cuzqueño estableció aquí la *mita*, un sistema de turnos laborales mediante el cual las poblaciones conquistadas tributaban al Estado. En las regiones ocupadas, los inkas intensificaron la minería, la ganadería y la producción artesanal; construyeron grandes extensiones de campos de cultivo y aumentaron la productividad agrícola, en ciertas áreas erradicaron a la población oriunda hacia otra parte, reocupándolas con poblaciones foráneas o *mitimaes*; erigieron “santuarios” en las cumbres más elevadas y construyeron una extensa red de centros, *tambos* y caminos, para administrar y controlar los territorios anexados. La *Pax Inkaica* puso término a las turbulencias políticas del período anterior, justo cuando las sequías, que habían golpeado tan largamente a los pueblos andinos, comenzaban a ceder por el advenimiento de un clima relativamente más húmedo.

Una vez conquistados los señoríos aymaras del altiplano peruano-boliviano –región también conocida como Collao– los inkas gobernaron a través de ellos a los pueblos de la costa, los valles y la sierra del extremo norte de Chile. Así, estos señoríos vieron finalmente satisfecho su secular interés en acceder a los recursos de este territorio. Mollepampa, en el

valle de Lluta, Alto Ramírez en el de Azapa y Hacienda Camarones en el valle de este nombre, son algunos de estos asentamientos relacionados con los inkas en las tierras bajas. La presencia estatal, sin embargo, es más evidente en la sierra, especialmente cerca del camino inka o *Qhapaqñan*, que venía de Tacna y proseguía al sur por la media falda de la precordillera en dirección a los valles y oasis de la pampa del Tamarugal.⁵⁷ Es el caso de *tambos* como Chungará y Taruguire o de centros administrativos como Zapahuira y Saguara, todos construidos con mampostería de piedra. También es el caso de San Lorenzo de Tarapacá y del oasis de Pica. El rol de esta región para el Imperio, fue proveer productos marinos y artículos agrícolas de tierras más cálidas a los asentamientos estatales vinculados por el sistema vial, como también dirigir una parte de los suministros a los señoríos previamente “inkanizados” del altiplano.

Atacama, en cambio, fue una provincia minera para los inkas. Al parecer, éstos la gobernaron con menos intermediaciones altiplánicas que más al norte. El Estado cuzqueño aprovechó la milenaria experticia de los atacameños en el rubro, para explotar diversos metales, piedras semipreciosas y tierras de colores, incrementando la producción en yacimientos como Collahuasi, El Abra, Chuquicamata, Cerro Verde, San Bartolo y otros. A través de alianzas con las élites de la región, pero superponiendo un nivel de gobierno más alto, los inkas involucraron a la población local en relaciones de tributo con el Estado. Para controlar los recursos mineros, así como la producción agrícola y ganadera de apoyo, construyeron centros administrativos en Turi y posiblemente Chiuchiu, en la cuenca del Loa, y en Catarpe y Peine, en la cuenca del salar de Atacama, todos unidos por una red de arterias dotadas de centros secundarios, *tambos* y marcadores camineros. Esta red fue un efectivo instrumento de dominación física del territorio, pero, al igual que los “santuarios” erigidos por los inkas en las cumbres atacameñas, fue también un poderoso instrumento de conquista simbólica de los habitantes de la región.⁵⁸ Tanto, que hasta el día de hoy circulan leyendas entre los habitantes sobre el “Rey Inka” que habita los cerros, modifica el paisaje y controla el destino del mundo.⁵⁹

El consejo Real del Inka

Desde su capital, la ciudad del Cuzco, el Inka gobernó el imperio con la asistencia de un “consejo real” integrado por un selecto grupo de representantes de las cuatro grandes divisiones territoriales del *Tawantinsuyu*.⁶⁰

Una de las más célebres viñetas de Guamán Poma muestra al Inka y su Consejo (Figura 21). En primer plano está el gobernante, con las insignias reales que lo identifican como el *Zapan Inka*, la gran autoridad. En la

Figura 21.
El Consejo Real del Inka.
(Según Guamán Poma 1980
[1615]: 364).



cabeza exhibe el *llautu*, un cingulo que tejían en lana de varios colores, y la *masqa paycha*, una borla de lana muy fina que iba cosida al *llautu* y caía sobre la frente (Figura 22). Dos grandes orejeras, seguramente de oro, señalan su altísimo rango. La autoridad lleva una manta sobre los hombros y viste un elaborado *unku* que le llega hasta las rodillas. En la mano derecha porta una porra o maza de halcón en forma de estrella de ocho puntas (*wamani chanbi*). Completan la vestimenta cuatro ataduras en las piernas y las *uxutas* o sandalias reales. Flanquean al soberano dos importantes dignatarios inkaicos pertenecientes a su linaje, uno



Figura 22.
Llautu o cíngulos.
MChAP 2729, MChAP PE-207 y
MChAP PE-301.

probablemente de Hanan Cuzco y el otro de Lurin Cuzco, las mitades en que estaba dividida la capital del imperio.

En segundo plano están los consejeros de los cuatro *suyus*. En un extremo, el representante del *Antisuyu*, tocado con un anillo cefálico emplumado, y en el opuesto, el representante del *Condesuyu*, cuyo anillo cefálico lleva aplicados una flor en el centro y dos apéndices circulares a los lados. Inmediatamente a la derecha del Inka, se encuentra el representante del *Chinchaysuyu*. Su tocado es una especie de cingulo que presenta en el centro un objeto en forma de “U” invertida, del cual sobresale un largo apéndice que remata en un elemento estrellado. Detrás del hombro izquierdo del gobernante se hallan dos exponentes del *Collasuyu*. El más cercano al Inka luce un gorro de forma semiesférica, ceñido por un cingulo y con un elemento de forma sinusoidal prendido en el centro. El otro lleva un gorro en forma de cono truncado, igualmente ceñido con un cingulo, pero con una medialuna como insignia.

Los exponentes del *Collasuyu* representan al cuadrante del imperio que se extendía al sur del Cuzco y que incluía el norte de Chile. O sea, toda la amplia diversidad étnica y política de este vasto territorio meridional aparece representada en la viñeta de Guamán Poma únicamente por dos autoridades del Collao.⁶¹ Una descripción que hiciera Pedro Pizarro de los tocados del lago Titicaca se ajusta estrechamente a los gorros que portan esta pareja de consejeros (*Figura 23 a y b*).⁶² Dice Pizarro: “los de la una parte de la laguna traen unos bonetones en las caueças, de altor de más de un palmo, tan anchos de arriua como de auaxo; los de la otra parte traen los bonetones de arriua angostos y de auaxo anchos”.⁶³ Aquellos “tan anchos de arriua como de auaxo”, parecen aludir a los gorros hemisféricos, que sirvieron de distintivo a los señoríos aymaras del norte del lago: los hemisféricos bajos habrían identificado a los grupos *collas* y los hemisféricos altos, a los canas.⁶⁴ En cambio, los “bonetones de arriua angostos y de auaxo anchos”, parecen corresponder a los gorros troncocónicos, que operaron como divisa cefálica de los señoríos aymaras que vivían al sur del Titicaca: los troncocónicos monocromos habrían distinguido a los grupos *pacajes* y los troncocónicos policromos, a los *carangas*, *aullagas* y *quillacas*.⁶⁵

Uno hecho sorprendente es que gorros muy semejantes a éstos aparecen en vasos-retratos de Tiwanaku que datan, al menos, del siglo IX, sugiriendo que esas formas de tocados funcionaron como distintivos étnicos de los pueblos circundantes al lago Titicaca más de seis siglos antes que los inkas.⁶⁶ Las implicaciones de esto son interesantes: predecesores de los consejeros del *Collasuyu* formaron parte de la elite de Tiwanaku, o al menos, fueron individuos suficientemente connotados como para que sus efigies y divisas fueran reproducidas en esos emblemáticos vasos tiwanakotas.

Sabemos que en el largo intervalo que media entre el desmoronamiento de este Estado y la conquista inkaica del Collao, los señoríos que usaban gorros troncocónicos y gorros hemisféricos porfiaban por establecer

Figura 23 a.
Gorro troncocónico.
MChAP 2778.





colonias en la vertiente occidental de los Andes, encontrando férrea resistencia por parte de las sociedades locales. En esos tiempos, el hallazgo de estos tocados en los ajuares funerarios de varios cementerios del extremo más septentrional del norte de Chile, se debió, seguramente, a episódicas distensiones del clima bélico imperante. Sin embargo, a partir del siglo XV, su presencia en esta área se explica mejor por la instalación de *mitimaes* de esas etnias altiplánicas en las tierras bajas por parte de los inkas.⁶⁷

El imperio pierde la cabeza

Noviembre de 1532. Bajo la luz mortecina de esa tarde del *Ayca Marçay Quilla* o mes de los difuntos, el *Inka Atawallpa* recibió a Francisco Pizarro sentado en su trono real en la plaza pública de la ciudad inkaica de Cajamarca (*Figura 24*). La historia del encuentro entre el gobernante andino y el jefe español es bien conocida. Pese a la enorme superioridad numérica de las tropas inkaicas, un puñado de hombres a caballo, provisto de armaduras, espadas y arcabuces captura al Inka luego de artimañas, provocaciones y una sangrienta escaramuza final.⁶⁸ Ni todo el oro y la plata que *Atawallpa* hizo traer a petición de Pizarro desde los más remotos confines del imperio, bastaron para que éste le perdonara la vida. Según las versiones españolas, Pizarro le ofreció dos alternativas: morir como infiel en la hoguera o bautizarse y ser ejecutado por estrangulamiento mediante garrote vil. *Atawallpa* habría optado por esta última alternativa.⁶⁹

La historia andina, sin embargo, sostiene que el Inka fue decapitado.⁷⁰ Una imagen de Guaman Poma lo muestra en el patíbulo, tendido de espalda sobre una plataforma, engrillado de pies y manos, y sujetado por tres hombres de Pizarro (*Figura 25*). Descalzo, pero conservando su

Figura 23 b.

Gorro troncocónico.
MAVI S/N.



Figura 24.

Encuentro entre el Inka Atawallpa y Francisco Pizarro. (Según Guaman Poma (1980 [1615:357]).



Figura 25.

Ejecución del Inka Atawallpa. (Según Guaman Poma (1980 [1615:362])).

llautu, *masqa paycha*, orejeras y *unku* reales, *Atawallpa* enfrenta el martirio con un crucifijo en las manos. El verdugo sostiene un machete sobre el cuello del soberano y con un mazo se apresta a dar el golpe sobre el arma que le cortará la cabeza.

El corte de cabezas fue parte del imaginario andino desde los más remotos orígenes de esta civilización. En nuestra área, la representación de esta práctica se remonta por lo menos a los tiempos del reino de Pucara, alcanza el clímax con Tiwanaku y subsiste durante el *Auca Runa*, inclusive, durante el *Tawantinsuyu*. Central en esta imaginería es el llamado “Sacrificador”, un personaje que lleva un hacha u otro instrumento cortante, una cabeza humana cercenada y, a veces, un cautivo con las manos atadas o un cuerpo descabezado. Decenas de instrumentos del norte de Chile, tallados en madera o hueso, textiles, objetos metálicos y paneles de arte rupestre muestran diversas versiones de este personaje. Una de las características de la iconografía andina es que muchas de las situaciones representadas en imágenes, responden a acciones efectivamente realizadas y no únicamente a discursos míticos o idealizados. Los mitos operaban, probablemente, como modelos para la acción ritual. Como en otras regiones de los Andes, en los cementerios del desierto chileno los arqueólogos han encontrado hachas, *tumis*, cabezas sin cuerpos, cuerpos sin cabezas y restos desmembrados, demostrando que realmente hubo víctimas sacrificadas o, al menos, individuos mutilados *post mortem*. La interpretación más clásica es que las cabezas fueron ritualmente cortadas a los enemigos como trofeos de combate. Una interpretación alternativa, pero que no se contrapone necesariamente con la anterior, sostiene que esta práctica respondió a la creencia de que los muertos “vigilan” los campos de cultivos y aseguran buenas cosechas.⁷¹ Ciertas partes del cuerpo humano eran cortadas y plantadas en la tierra, de modo similar a como los agricultores cortan las “cabezas” de las papas y las plantan para que surjan nuevos brotes. En otras palabras, se utilizaba a los muertos por sus poderes para renovar la vida, pero no sólo la vida de los cultivos, sino de la comunidad entera.

Para los pueblos andinos, el *Inka Atawallpa* no murió estrangulado, sino decapitado y su cabeza -protegida por las “señales” reales- fue enterrada para dar nueva vida al imperio. En el pensamiento mítico de los Andes, existe la convicción de que en algún momento sobrevendrá un *pachakuti*, es decir, una “vuelta del mundo”, que destruirá esta humanidad y restaurará el *Tawantinsuyu*.⁷² El Imperio del Sol puede haber perdido su cabeza a manos de los españoles en Cajamarca, pero sus brotes aseguran el regreso del “Rey Inka”.

Epílogo

Resulta fascinante observar la gran variedad de trajes que usaron los hijos de *Wirakocha* en los Andes. Sin embargo, más notable aún es constatar que más allá de los requerimientos prácticos de proteger del frío, el sol o la lluvia, la diversidad en la indumentaria se debió a los distintos significados que se confería al vestuario, conforme a particulares costumbres, valores, convenciones y creencias. La variabilidad en los atuendos no es sino la propia diversidad de las sociedades andinas, vista a través de una de sus manifestaciones culturales más expresivas. La cabeza –como el punto más prominente y visible del cuerpo– constituyó el lugar privilegiado para expresar mucho de esta diversidad. “Vestir” la cabeza fue un recurso simbólico para “señalar” importantes distinciones en el campo político, social, económico, étnico y de género. Así fue también en las sociedades prehispánicas del norte de Chile.

A través del tiempo, las prendas cefálicas del desierto chileno estuvieron asociadas con creencias religiosas, diferencias sociales, prestigio, control político, identidad étnica, conflictos bélicos y, probablemente, con un sinnúmero de otras ideas relativas a sus materiales, texturas, colores y procedimientos de manufactura, cuyos sutiles significados lamentablemente se nos escapan.⁷³ La historia particular del tocado femenino, en tanto, queda, por ahora, en gran parte como una incógnita, quizás más por una falta de investigaciones, que por una ausencia objetiva o algún sesgo de otra naturaleza. Es factible que en algunos períodos de la prehistoria local la mujer haya ido con la cabeza descubierta, pero basta ver las cerámicas de Pucara, Nasca, Moche, Tiwanaku o Wari, o bien algunos dibujos de Guamán Poma sobre la época inkaica, para concluir que ciertos tocados integraron la vestimenta femenina en los Andes prehispánicos. Telas similares a mantillas o a cofias, incluso algunos gorros, están entre los más probables candidatos para el indumento cefálico de la mujer en el Norte Grande.

La invasión española trajo, por supuesto, nuevas formas de vestir la cabeza. El bonete redondo europeo del siglo XVI tenía ciertos equivalentes en algunos gorros locales, como las boinas aterciopeladas. El yelmo emplumado de los conquistadores, por otra parte, evocaba hasta cierto punto a los cascos de guerra del desierto chileno. El sombrero, en cambio, carecía de todo precedente, a menos que se considere como tal el gorro discoidal de Pica, único tocado vernáculo diseñado especialmente

para brindar sombra a su usuario. Los pormenores del reemplazo de los tocados nativos por el sombrero europeo, son poco conocidos. Una viñeta del siglo XIX sugiere que, más de tres siglos después del contacto con los españoles, este tocado de copa y ala se había generalizado entre la población indígena y mestiza, pero muestra también que algunos atacameños continuaban usando el emblemático gorro de piel originado a principios del primer milenio de nuestra era (*Figura 26*).⁷⁴ Continuidad y cambio, tradición e innovación, préstamo e invención, fueron siempre características infaltables en las diferentes “señales” que los habitantes del desierto se pusieron en la cabeza a lo largo de más de tres mil años de historia cultural.

Reconocimientos

Agradezco los comentarios críticos hechos a una primera versión de este trabajo por mis colegas del Museo Chileno de Arte Precolombino, Carlos Aldunate, Luis Cornejo, Francisco Gallardo, Francisco Mena, Claudio Mercado, José Pérez de Arce y Carole Sinclaire. También a Carolina Agüero, del Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Antropológicas de la Universidad del Norte, por sus observaciones sobre la “Era de los enturbantados” y a José Luís Martínez, del Departamento de Ciencias Históricas de la Universidad de Chile, por sus datos sobre la ejecución de *Atawallpa* y su sugerencia de hacer una “lectura andina” de este episodio. Por supuesto, la manera en que interpreté todos estos comentarios es de mi sola y exclusiva responsabilidad.



Figura 26.
Escena de intercambio
en Atacama.
(Según Bresson 1875).

*Curador Jefe del Museo Chileno de Arte Precolombino,
jberenguer@museoprecolombino.cl

¹ “[E]l Criador formó de barro en Tiaguanaco las naciones todas que hay en esta tierra, pintando a cada una el traje y vestido que había de tener; y que asimismo dió a cada nación la lengua que había de hablar, los cantares que había que cantar, y las comidas, semillas y legumbres con que había de sustentarse; y que, hecho esto, les mandó se sumiesen debajo de tierra, cada nación por sí, para que de allí fuesen a salir a las partes y lugares que él les mandase [...]” (Cobo 1964 [1653]: 151).

² Sarmiento de Gamboa (1942 [1572]: 133) y Pizarro (1986 [1571]: 112), entre varios otros.

³ Santacruz Pachacuti, por ejemplo, dice que el Inga Manco Capac, primero en la dinastía mítica de los inkas, “[...] mando que los bestidos y trajes de cada pueblo fuesen diferentes, como en hablar, para conocer, porque en este tiempo no echauan de ver y conocer a los yndios que nación o que pueblo eran [...]”. Véase también Sarmiento de Gamboa (1942 [1572]: 133).

⁴ “Tenían los de cada nación y provincia, hombres y mujeres, sus señales y divisas por donde eran conocidos, y no podían andar sin ellas ni trocarlas con las de otra

nación, so graves penas” (Cobo 1964 [1653]: 113).

⁵ Cieza (1962 [1553]: 243-244). Cobo (1964 [1653]: 113) sostiene algo similar, pero deja entrever que el tocado era exclusivamente masculino: “Esta señal traían en el vestido con diferentes listas y colores; los hombres otra en la cabeza más señalada, diferenciándose cada nación en el tocado”.

⁶ Vivar (1966 [1558]: 14).

⁷ Standen (2001: 44).

⁸ Agüero (1994: 10 y ss.). Para una descripción técnica de tres turbantes del valle de Camarones, véase Agüero (1993).

⁹ En el lenguaje textil especializado se habla de “fibra de pelo de camélido”, pero en este artículo optamos por el término “lana” en su acepción más genérica: “pelo de las ovejas y otros animales, que se hila y sirve para tejer” (RAE 2002).

¹⁰ Agüero (1994: 97-116).

¹¹ Agüero (1993: 74; 1994: 143).

¹² Véase Young-Sánchez (2004a: fig. 2.36).

¹³ Berenguer (1986: fig. 6).

¹⁴ “Es tierra yunga adonde hay y suele haber gran número de indios chinchas [...] Visten algodón de

muchos colores y traen en la cabeza, sobre el cabello una madeja de lana colorada y algunos, una huaraca [honda]” (Agüero 1994: 134 citando a Murúa 1946: [1590]: 274).

¹⁵ Agüero (1994: 135, citando a Focacci y Chacón 1989).

¹⁶ Agüero (1994: 134-135).

¹⁷ Por ejemplo, véase Torres y Repke (2006).

¹⁸ Agüero (1994: 140). El hilado es el proceso mediante el cual un conjunto de fibras se ordenan y tuercen para convertirlas en hilos; con un giro hacia la derecha se logra una torsión en “Z” y con un giro hacia la izquierda, una torsión en “S” (Sinclair 2005: 21). Esta última es la que se denomina “torsión inversa”.

¹⁹ Agüero (1994: 141-142). Chávez (2004: 73 y ss., fig. 3.1).

²⁰ Santoro (1980).

²¹ Gallardo (1993) se refiere a la lana en esta época como una “sustancia privilegiada”.

²² Agüero (1994: 133).

²³ Véase Gallardo (1993: fig. 13, citando a Arriaza et al. 1986).

²⁴ Gallardo (1993: 20 y ss.).

²⁵ Chacama (2001: 62, 64).

²⁶ Berenguer (2000: 86, foto de arriba).

²⁷ Berenguer y Dauelsberg (1989: 151 y pss.); Berenguer (1993: 60). Para una descripción técnica de estos gorros, véanse Bravo (1987) y Sinclair (1998).

²⁸ Berenguer (1993:53, 60).

²⁹ Berenguer y Dauelsberg (1989: 159).

³⁰ Cf. Cornejo (1993: 38, citando a Posnansky 1945: figs. 86, 92 y 111 [véase también figs. 91, 93, 93a y 94]). Young-Sánchez (2004b: figs. 3.7a, b) publica una estatuilla de estilo Pucara que muestra un tocado muy semejante a los que llevan las estatuas de Pokotia.

³¹ Berenguer (1993: 60). Descripciones técnicas de los gorros de piel pueden encontrarse en Bravo (1993) y Sinclair (2006 Ms.).

³² Korpisaari (2005: fotos 1-6).

³³ Esta tema fue desarrollado in extenso en Berenguer (2004a: 157-159, 504-509).

³⁴ “*Estos dichos yndios se sallieron y se despoblaron de los dichos buenos citios de temor de la guerra y alsamiento y contradicción que tenían entre ellos. De sus pueblos de tierra baja se fueron a poblarse en altos y serros y peñas y por defenderse y comensaron a hazer fortalezas que ellos les llaman pucara. Edificaron las paredes y zerco y dentro de ellas casas y fortalezas y escondedixos y pozos para sacar agua da donde beúan. Y comensaron a rreñir y batalla y mucha guerra y mortanza con su señor y rrey y con otro señor y rrey, brabos capitanes y ballentes y animosos*

hombres [...] Y se quitauan a sus mugeres y hijos y se quitauan sus sementeras y chacaras y asecyas de agua y pastos. Y fueron muy crueles que se rrobaron sus haziendas, rropa, plata, oro, cobre, hasta lleualle las piedras de moler que ellos les llaman maray, tonay, muchota, callota, y belicosos yndios y traydores” (Guamán Poma 1980 [1615]: 50-52).

³⁵ Arkush y Stanish (2005: 4-5).

³⁶ Arkush y Stanish (2005: 6-7).

³⁷ Arkush y Stanish (2005: 7-9).

³⁸ Arkush y Stanish (2005: 13-14 pss.).

³⁹ “[Y] *pelauan con armas que ellos les llaman chasca chuqui, zachac chuqui [lanza], sacmana, chanbi [porra] huaraca [honda], conca cuchona, ayri uallcanca [hacha], pura pura [pectoral de metal], uma chuco [casco], uaylla quepa [bocina de caracol], antara [flauta de Pan]. Y con estas armas se vencían y auía muy mucha muerte y derramamiento de sangre hasta cautivarse*” (Guamán Poma 1980 [1615]: 52).

⁴⁰ Torres-Rouff et al. (2005: Table 2 y pss.).

⁴¹ Sobre el uso de las mazas, Ponce (2002: 219) dice que hacían un daño mayor a los adversarios sólo si se empleaban como rompecabezas: primero se atacaban las piernas del contrincante y, luego de caído, la cabeza. En su interesante análisis comparativo con las armas españolas del siglo XVI, el autor añade que las mazas andinas no eran armas de exterminio, como las de los europeos, sino de conquista, dominación e integración de los pueblos dominados. Es probable,

sin embargo, que esta “filosofía” de la guerra andina haya estado presente únicamente durante los períodos de conquista y control imperial. Durante el *Auca Runa* es probable que haya prevalecido, más bien, una ética de aniquilamiento.

⁴² Guamán Poma (1980 [1615]: 51).

⁴³ Esta idea se basa en grabados rupestres de Santa Bárbara, en el curso superior del río Loa, que muestran personajes con cascos, petos y, a veces, con orejeras, sujetando una llama con un bulto en el lomo. En otro trabajo (Berenguer 1993, también Berenguer 2004a), los interpretamos como caraveneros”, pero en el presente artículo sumamos al debate un argumento alternativo. Es posible que no haya contradicción entre ambas interpretaciones, toda vez que, en los tiempos que corrían, el “caravaneo” debe haber sido una actividad expuesta a encuentros violentos a lo largo de las rutas.

⁴⁴ Berenguer (1993: 53, 61).

⁴⁵ Berenguer (1993: 52-53).

⁴⁶ Sinclair (1998: 180-182 y Cuadro 3).

⁴⁷ Para utensilios, véase por ejemplo Durán et al. (2000: figs. 29, 68-70). Para postes antropomorfos, véase Núñez (2001: 40).

⁴⁸ Museo Arqueológico San Miguel de Azapa (1992).

⁴⁹ Berenguer (1999: 45, arriba a la derecha).

⁵⁰ Vivar (1966 [1558]: 13).

⁵¹ Zlatar (1984: 96, 119, 171, 196).

⁵² Para una descripción técnica de estos gorros, véase Palma (1993: 88-89).

⁵³ Para cascos, véase Zlatar (1984: 37, 48, 73, 128); para capuchas véase Zlatar (1984: 11, 84, 90, 119, 131, 170).

⁵⁴ Según Michieli (1990: 2, 51), el joven fue enterrado con dos camisetetas, un manto, dos gorros de lana, un cubre sexo, seis sandalias, una media, un penacho, dos hondas, una sogá y otros elementos menores. Las características formales y técnicas de los dos gorros son virtualmente idénticas a algunas capuchas de Pica (véase Michieli 1990: 7-9, 69). Agradezco a Carole Sinclair por haberme hecho reparar en esta información.

⁵⁵ Vivar (1966 [1558]: 12).

⁵⁶ Horta (2000).

⁵⁷ Hidalgo y Santoro (2001: 82-84).

⁵⁸ Berenguer (2004b: 93, 100, 102-103).

⁵⁹ Aldunate et al. (2003: 21).

⁶⁰ “Conzejo real/deste rreyno que acistía en la gran ciudad y cauezera del Cuzco [...] que se dize en general Tahuantin Suyo: Chinchay Suyo, Ande Suyo, Colla Suyo, Conde Suyo. Y desde el Cuzco se parte a dos partes Hanan Cuzco-Chinchay Suyo; Lurin Cuzco-Colla Suyo. Estos señores principales uirreys y príncipes y capac apo, apo, curaca, allicac y otros caballeros estauan y rrecidian en la gran ciudad del Cuzco. Éstos eran consejos rreales, Tahuantin Suyo camachicoc, capac apocopa, y para el buen gouierno y castigo de justicia de los malos y de los buenos para

dalle y hazelle merced. Gouernó dos yngas, los más prencipales Hanan Cuzco y otros dos Lurin Cuzco, y quatro señores grandes de la parte de Chinchay Suyo y dos señores de Ande Suyo, quatro señores de Colla Suyo y dos señores de Conde Suyo. Éstos fueron los señores del consejo rreal deste rreyno y en mudando uno déstos mudaua a sus hijos o ermanos” (Guamán Poma 1980 [1615]: 337).

⁶¹ Berenguer (1993: 41, 60).

⁶² Berenguer (1993: 60).

⁶³ Pizarro (1986 [1571]: 111).

⁶⁴ Partiendo de las cuestiones básicas sobre este tema planteadas en nuestro trabajo de 1993, pero sumando un fino análisis de un amplio número de datos arqueológicos, iconográficos y etnohistóricos, Horta (2006 Ms.) sugiere definiciones étnicas más precisas para estos gorros.

⁶⁵ El interesante artículo de Horta (2006 Ms.) se concentra, sobre todo, en la afiliación étnica de los diferentes gorros troncocónicos, llegando a conclusiones bastante plausibles. Para una descripción técnica de estos gorros, véase Hoces de la Guarda y Brugnoli (1993).

⁶⁶ Véanse Pärssinen (2005: 31-32) y Korpisaari (2005: fotos 15, 17, 19-20).

⁶⁷ Esta frase y la anterior, siguen de cerca la línea argumental de Horta (2006 Ms.), quien cita a Durston e Hidalgo (1997) para colocar su análisis arqueológico, iconográfico y documental sobre los gorros troncocónicos dentro de la pro-

puesta de estos autores de colonias carangas en el valle de Azapa y de mitimaes carangas en los cementerios costeros de Arica a Camarones.

⁶⁸ Véase, por ejemplo, Guamán Poma (1980 [1615]: 357-358).

⁶⁹ J. L. Martínez, comunicación personal 2006.

⁷⁰ “Atagualpa Ynga fue degollad[o] y sentenciado y le mandó cortar la cauesa don Francisco Pizarro [...] Y acá fue causa que le matasen y le cortasen la cauesa a Atagualpa Ynga y murió mártir cristianícimamente; en la ciudad de Caxamarca acabó su uida” (Guamán Poma (1980 [1615: 363]).

⁷¹ Carmichael (1994: 83).

⁷² Cf. Martínez (1994: 36-40).

⁷³ Para las sutiles distinciones que puede estar contenido en los trajes étnicos, véase Martínez (1992).

⁷⁴ Berenguer (1993: fig. 11) y Sinclair (2006 Ms.).

Referencias

- AGÜERO, M. C., 1993. Turbantes. En *Identidad y prestigio en los Andes. Gorros, turbantes y diademas*, J. Berenguer, Ed., pp. 74-75. Santiago: Museo Chileno de Arte Precolombino/Banco O'Higgins.
- 1994. Madejas, hilados y pelos: los turbantes del Formativo temprano en Arica, norte de Chile. Tesis para optar al Título Profesional de Arqueóloga, Departamento de Antropología, Universidad de Chile, Santiago.
- ALDUNATE, C.; V. CASTRO Y V. VARELA, 2003. Antes del Inka y después del Inka: paisajes culturales y sacralidad en la puna de Atacama, Chile. *Boletín de Arqueología PUCP* 7: 9-26, Lima.
- ARKUSH, E. Y C. STANISH, 2005. Interpreting conflict in the Ancient Andes: implications for the archaeology of warfare. *Current Anthropology* 46 (1): 3-28.
- ARRIAZA, B.; M. ALLISON, V. STANDEN, G. FOCACCI Y J. CHACAMA, 1986. Peinados precolombinos en momias de Arica. *Chungara* 16-17: 353-375, Arica.
- BERENGUER, J., 1993. Gorros, identidad e interacción en el desierto chileno antes y después del colapso de Tiwanaku. En *Identidad y prestigio en los Andes. Gorros, turbantes y diademas*, J. Berenguer, Ed., pp. 41-64. Santiago: Museo Chileno de Arte Precolombino/Banco O'Higgins.
- 1999. El evanescente lenguaje del arte rupestre en los Andes atacameños/The vanishing language of rock art in the Andes of Atacama. En *Arte rupestre en los Andes de Capricornio/Rock art in the Andes of Capricorn*, J. Berenguer y F. Gallardo, Eds., pp. 9-56. Santiago: Museo Chileno de Arte Precolombino/Banco Santiago.
- 2000. *Tiwanaku. Señores del Lago Sagrado/Tiwanaku. Lords of the Sacred Lake*. Santiago: Museo Chileno de Arte Precolombino/Banco Santiago.
- 2004a. *Caravanas, interacción y cambio el desierto de Atacama*. Santiago: Ediciones Sirawi.
- 2004b. Cinco milenios de arte rupestre en los Andes atacameños: imágenes para lo humano, imágenes para lo divino. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 9: 75-108, Santiago.
- BERENGUER, J. Y P. DAUELSBERG, 1989. El Norte Grande en la órbita de Tiwanaku. En *Culturas de Chile: Prehistoria*, J. Hidalgo, V. Schiappacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate y I. Solimano, Eds., pp. 129-180. Santiago: Editorial Andrés Bello.
- BRAVO, M., 1987. Peruvian technique for dimensional knotting: a pre-Columbian application for needle-netting. *The Weaver's Journal*, Summer: 17-20.
- 1993. Gorros atacameños. En *Identidad y prestigio en los Andes. Gorros, turbantes y diademas*, J. Berenguer, Ed., pp. 96-82. Santiago: Museo Chileno de Arte Precolombino/Banco O'Higgins.
- BRESSON, A., 1875. Le désert d'Atacama et Caracoles (Amérique du Sud), par M. l'Ingénieur A. Bresson, 1870-1874. Texto et dessins inédits. En *Le tour du Monde. Nouveau Journal des Voyages*, t. XXIX, fascículos 750-751, pp. 321-352.
- CARMICHAEL, P. H., 1994. The life from death continuum in Nasca imagery. *Andean Past* 4: 81-90.
- CHACAMA, J., 2001. Integración andina. En *Pueblos del desierto entre el Pacífico y los Andes*, C. Santoro et al., Eds., pp. 51-64. Arica: Universidad de Tarapacá.
- CHÁVEZ, S. J., 2004. The Yaya-Mama religious tradition as an antecedent of Tiwanaku. En *Tiwanaku. Ancestors of the Inca*, M. Young-Sánchez, Ed., pp. 70-93. Lincoln and London: Denver Art Museum/University of Nebraska Press.
- CIEZA DE LEÓN, P., 1962 [1553]. *La Crónica del Perú*. 3ª edición. Madrid: Espasa Calpe, S.A.
- COBO, B., 1964 [1653]. Historia del Nuevo Mundo. En *Obras del P. Bernabé Cobo de la Compañía de Jesús, Biblioteca de Autores Españoles*, Tomo 92. Madrid: Ediciones Atlas.

- CORNEJO, L., 1993. Estableciendo diferencias: la representación del orden social en los gorros del período Tiwanaku. En *Identidad y prestigio en los Andes. Gorros, turbantes y diademas*, J. Berenguer, Ed., pp. 27-39. Santiago: Museo Chileno de Arte Precolombino/Banco O'Higgins.
- DURÁN, E.; M. F. KANGISER Y N. ACEVEDO, 2000. Colección Max Uhle: Expedición a Calama 1912. *Publicación Ocasional* 56: 5-49, Museo Nacional de Historia Natural, Santiago.
- GALLARDO, F., 1993. La sustancia privilegiada: turbantes, poder y simbolismo en el Formativo del norte de Chile. En *Identidad y prestigio en los Andes. Gorros, turbantes y diademas*, J. Berenguer, Ed., pp. 11-25. Santiago: Museo Chileno de Arte Precolombino/Banco O'Higgins.
- GUAMÁN POMA DE AYALA, F., 1980 [1615]. *El primer nueva corónica y buen gobierno*. Edición a cargo de J. Murra & R. Adorno. México, D.F.: Siglo Veintiuno Editores.
- HIDALGO, J. Y C. SANTORO, 2001. El Estado Inca. En *Pueblos del desierto entre el Pacífico y los Andes*, C. Santoro et al., Eds., pp. 72-84. Arica: Universidad de Tarapacá.
- HOCES DE LA GUARDIA, S. Y P. BRUGNOLI, 1993. Gorros tipo fez. En *Identidad y prestigio en los Andes. Gorros, turbantes y diademas*, J. Berenguer, Ed., pp. 90-92. Santiago: Museo Chileno de Arte Precolombino/Banco O'Higgins.
- HORTA, H., 2000. Diademas de plumas en entierros de la costa del norte de Chile: ¿evidencias de la vestimenta de una posible parcialidad pescadora? *Chungara* 32 (2): 235-243, Arica.
- 2006 Ms. El gorro tipo Fez y la presencia de población altiplánica en el norte de Chile hacia fines del Intermedio Tardío. Manuscrito en poder del autor.
- KORPISAARI, A. 2005. Fotografías. En *Pariti: isla, misterio y poder. El tesoro cerámico de la cultura Tiwanaku*, A. Korpisaari y M. Pärssinen, Eds., pp. 53 y ss. La Paz.
- MARTÍNEZ, J. L., 1992. Luces y colores del tiempo aymara. En *Colores de América*, F. Mena y J. Berenguer, Eds., pp. 29-34. Santiago: Museo Chileno de Arte Precolombino/Banco O'Higgins.
- 1994. Rituales fallidos, gestos vacíos: un desencuentro entre españoles y andinos. *Mundo Precolombino* 1: 28-41, Santiago.
- MICHEL, C. T., 1990. *Textilería incaica en San Juan: los ajuares de los cerros Mercedario, Toro y Tambillos*. San Juan: Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo, Universidad Nacional de San Juan.
- MUSEO ARQUEOLÓGICO SAN MIGUEL DE AZAPA, 1992. Arica prehispana, arte rupestre: una historia visual. Informe sobre exposición a Fundación Andes. Arica: Departamento Arqueología y Museología de la Universidad de Tarapacá.
- NÚÑEZ, P., 2001. *Chacance, los primeros pampinos*. Antofagasta: Museo Comuna María Elena/Fondo de Identidad y Cultura de la II Región, Antofagasta.
- PALMA, J., 1993. Gorros del oasis de Pica. En *Identidad y prestigio en los Andes. Gorros, turbantes y diademas*, J. Berenguer, Ed., pp. 84-89. Santiago: Museo Chileno de Arte Precolombino/Banco O'Higgins.
- PÄRSSINEN, M., 2005. Tiwanaku: una cultura y un Estado andino. En *Pariti: isla, misterio y poder. El tesoro cerámico de la cultura Tiwanaku*, A. Korpisaari y M. Pärssinen, Eds., pp. 17-37, La Paz.
- PIZARRO, P., 1986 [1571]. *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- PONCE, E., 2002. Mazas prehispánicas de metal: sur del Perú y extremo norte de Chile. *Chungara* 34 (2): 215-223, Arica.
- RAE, 2002. *Diccionario de la Lengua Española*. 22ª Edición, Tomo II. Buenos Aires: Real Academia Española/Espasa Calpe s. A.
- SAGÁRNAGA, J. Y A. KORPISAARI, 2005. Pariti, la isla que asombró al mundo. En *Pariti: isla, misterio y poder. El tesoro cerámico de la cultura Tiwanaku*, A. Korpisaari y M. Pärssinen, Eds., pp. 39-51, La Paz.
- SANTACRUZ PACHACUTI, J. DE, 1968 [1613]. Relación de antigüedades deste Reyno del Perú. En *Biblioteca de Autores Españoles*, Tomo 209, pp. 279-319. Madrid: Ediciones Atlas.
- SANTORO, C., 1980. Fase Azapa: transición del Arcaico al desarrollo agrario inicial en los valles bajos de Arica. *Chungara* 6: 46-56, Arica.
- SARMIENTO DE GAMBOA, P., 1942 [1572]. *Historia de los Incas*. Buenos Aires: Emecé Editores.

- SINCLAIRE, C., 1998. Los gorros de 4 puntas de la colección arqueológica Manuel Blanco Encalada: tipología y secuencia para el valle de Azapa, Arica. *Boletín del Comité Nacional de Conservación Textil* 3: 169-184, Santiago.
- 2005. El traje ceremonial en el contexto de la textilería Chimú/ The ceremonial costume in the context of Chimú textile traditions. En *Chimú: laberintos de un traje sagrado/Chimú: labyrinths of a sacred costume*, L. Cornejo y C. Sinclair, Eds., pp. 20-39. Santiago: Museo Chileno de Arte Precolombino.
- 2006 Ms. Los tocados de la región atacameña durante el período de influencia Tiwanaku (fases Séquito a Yaye). Manuscrito en poder del autor.
- STANDEN, V., 2001. Pueblos de la costa. En *Pueblos del desierto entre el Pacífico y los Andes*, C. Santoro et al., Eds., pp. 29-44. Arica: Universidad de Tarapacá.
- TORRES, C. M. Y D. B. REPKE, 2006. *Anadenanthera. Visionary plant of Ancient South America*. New York: The Haworth Herbal Press.
- TORRES-ROUFF, C.; M. A. COSTA-JUNQUEIRA Y A. LLAGOSTERA, 2005. Violence in times of change: the Late Intermediate Period in San Pedro de Atacama. *Chungara* 37 (1): 75-83, Arica.
- VIVAR, J. DE, 1966 [1558]. *Crónica y relación copiosa y verdadera de los Reinos de Chile*. Santiago: Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina/Editorial Universitaria s. a.
- YOUNG-SÁNCHEZ, M., 2004a. Pucara stone sculpture. En *Tiwanaku. Ancestors of the Inca*, M. Young-Sánchez, Ed., pp. 76-78. Lincoln and London: Denver Art Museum/ University of Nebraska Press.
- 2004b. The art of Tiwanaku. En *Tiwanaku. Ancestors of the Inca*, M. Young-Sánchez, Ed., pp. 24-69 Lincoln and London: Denver Art Museum/University of Nebraska Press.
- ZLATAR, V., 1984. *Cementerio prehispánico Pica-8*. Antofagasta: Universidad de Antofagasta.

Siglas utilizadas en las figuras

CMBE	Colección Manuel Blanco Encalada, Santiago.
CRACC	Colección Rescate Arqueológico de Chen Chen, Instituto Nacional de Cultura, Perú.
MAA/USS	Museo de Antropología y Arqueología, Universidad de San Simón, Bolivia.
MASMA	Museo Arqueológico San Miguel de Azapa, Universidad de Tarapacá, Arica.
MASPA	Museo R. P. Gustavo Le Paige S. J. Universidad Católica del Norte, San Pedro de Atacama.
MAVI	Museo de Artes Visuales, Santiago.
MMME	Museo Municipal de María Elena.
MNA/DINAR	Museo Nacional de Arqueología, Bolivia.
MNHN	Museo Nacional de Historia Natural, Santiago.
MRA	Museo Regional de Atacama, Copiapó.
MUA	Instituto de Investigaciones Arqueológicas, Universidad de Antofagasta, Antofagasta.

Head Emblems

Wirakocha's Headdresses in Northern Chile

José Berenguer R.*

Dressing the head in the Andes

After creating the Andean World, one of Lord *Wirakocha's* first acts consisted in costuming each nation.¹ It should come as no surprise then that the Spanish conquistador chronicles of the 16th century coincided in emphasizing that the different Andean peoples recognized one another by their attire.² Certainly, special garments existed for certain occasions, festivities and ceremonies; however, clothing served essentially as a marker of social identity or of individual membership to an ethnic group. Some authors state that these distinctions were imposed by the Incas.³ Each nation within the Empire had to have its own distinguishing robes, shawls and headdresses. Men and women were obliged to wear these garments as their own and to avoid exchanging them with other peoples, under penalty of being severely punished.⁴

Among the different Andean clothing, the headdress constituted one of the most distinctive elements. In his book *The Chronicles of Peru*, Pedro Cieza de León states that although the city of Cuzco was full of foreigners from the four corners of the Empire, each individual “dressed according to his lands, and had there been one hundred thousand men, they would have been easily distinguished by the signs worn on their heads.”⁵

In 1540, when the Conquistador Pedro de Valdivia and his army entered into what is today Northern Chile, they found diverse native peoples that chroniclers identified as “Inca servers” and as peoples “as prepared and well dressed as those of Peru.”⁶ *Picas*, *guatacondor*, “the hooded” and the *Atacamas* are just some of the indigenous groups mentioned by the Spaniards during one of their first crossings through Chile’s far north region, known as the Norte Grande. Although they did not provide details of the clothing that comprised their costumes, over a century of Chilean desert archaeology has allowed a wide array of pieces to be recovered, all of which compensate for the omissions made by chroniclers. Turbans, headbands, caps, helmets, hoods and diadems stand out in this collection. Despite being made of perishable materials, such as cotton, hide, or camelid fiber, and less frequently, of leather, straw, feathers or wood, these ancient and fragile headdresses have remained surprisingly well conserved. This

fortuitous situation may be due to the fact that Andean peoples were buried with their most precious belongings, including their best attire. Nevertheless, this practice is common in many other parts of the globe, where, nonetheless, these garments have not endured. More likely, the explanation resides in the exceptionally favorable conditions of the desert, whose extreme aridity drastically diminished the decomposition process.

The headdresses bequeathed by the desert and its ancestral inhabitants represent an invaluable cultural legacy that must be conserved, studied and exhibited. This is due not only to their aesthetic qualities as objects, to the capacity they once had to imbue their users with distinctive symbolic values, or even solely to the technical skill required to make them, but also to their revelation of a history of headdresses that precedes by several millennia the Inca invasion, and that is intertwined with the most significant episodes of Northern Chile’s pre-Hispanic cultural development (*Figure 1*).

The era of the turban-wearers

In spite of its pronounced environmental limitations, Northern Chile possesses a long and rich cultural history that inland dates back to at least 9000 BC and along the coast, to 7500 BC. Over the first several millennia, the inhabitants of the Norte Grande led a nomadic way of life, living in temporary shelters in small camps and subsisting by appropriating natural resources through hunting, gathering and fishing. Some groups on the coast developed complex techniques in artificial mummification of the deceased, while others inland initiated the tradition of engraving or painting images on rocks. Little by little, they began to experiment with the domestication of plants and wild camelids. Around 1500 BC, diverse groups began to organize themselves into larger communities, building the first hamlets and villages along coastal valleys and in desert oases. These societies became food producers, created their first ceramic objects, manufactured metal ornaments, and used cultivated cotton in the warm valleys and hair fiber from upland llama herds to make garments. In the *puna*, or altiplano (high plateau), region, shepherds domesticated hardier llamas for transport. From then on,

caravan traffic would assume an important role in the economic trade between highlands and lowlands, as well as throughout the desert, indirectly influencing the transmission of new technologies, institutions and symbolic forms.

The fishermen and farmers of Tarapacá established close cultural ties with the societies of the Peruvian-Bolivian altiplano, who sought to complement their economy with lowland products. The consumption of hallucinogenic powders inhaled through the nose, human sacrifice, and the construction of funerary mounds in this region all formed part of an ideology emanating from Chiripa and later from Pucara, two prestigious agricultural and camelid herding kingdoms that flourished near Lake Titicaca, endowed with sunken temples, monumental sculptures, ritual paraphernalia and complex supernatural iconography. Gradually, the short skirts made of plant fibers and the thick shawls worn by the desert inhabitants were replaced by fine tunics and loom-woven sashes, many of which were manufactured through a tapestry technique and decorated with intricate designs. In addition, the first social differences between individuals appeared in these communities.

In contrast, Atacama farmers and herders cultivated ties with societies from southern Bolivia and northwestern Argentina, with whom they shared similar levels of cultural development and a keen interest in their counterparts' goods. Items exchanged included obsidian, Pacific conch shells, jungle wildfowl feathers, timber, and copper minerals, as well as such manufactured goods as pottery, engraved wooden utensils, metal instruments and ornaments, baskets, textile pieces and jewelry made of turquoise, sodalite, malachite and other semi-precious stones. Initially, they smoked, using large ceramic pipes, following the custom of trans-Andean communities; however, toward the 3rd century they began to snuff hallucinogenic powders. As in Tarapacá, although at a later date, Atacama underwent a strong ideological influence from the kingdoms of Lake Titicaca, resulting in the implementation of "sacrificer" and trophy head cults. Also, tunics and loin cloths made through the tapestry technique became more popular, to the extent that they replaced much of the local garb.

Turbans for the hereafter

It would seem that the history of turbans in the Americas began along the seashore, beaches, cliffs and river mouths of the valleys in Chile's far north region. The Chinchorro groups had by then been roaming along the coastline for over 5,000 years, exploiting one of the richest seas on Earth. Equipped with very basic but highly effective technology, these inhabitants of the

foggy coastal lands gathered shellfish and algae, stalked sea lions with bone harpoons, hunted marine fowl with traps and spear-throwers and caught a wide variety of fish along the shore with nets and hooks made from cactus thorns or mollusk valves. Some groups also traveled up river valleys to gather select plants, to provision themselves with lithic materials for their tools and to hunt terrestrial mammals, before finally returning to their seashore camps. They wore fine cotton yarn on their heads –the same as they used for fishing line– as well as seashell bead necklaces and simple skirts made of plant fibers obtained from reed beds in coastal lagoons. These fibers also served to make rush mats with which they enshrouded their dead. Concern about the destiny of the deceased in the next life had led them to develop complex mortuary rituals, which included elaborate techniques in the preparation and conservation of the corpse. Toward 2000 BC, this millennial tradition of "artificial mummification" reached its end. Interest in the ritual protection of the deceased's body had been reduced to the head. The last Chinchorro dead still had their faces covered with a mud mask; however, a few began to exhibit threads of a new material –looking more like human hair than like cotton– wrapped on their heads that was acquired through trade with upper valley groups.⁷ These turbans were the region's first known camelid hair fiber headdresses. During the next two thousand years, they spread like wildfire throughout the valleys and desert oases, characterizing Northern Chile's earliest agricultural peoples.

Essentially, the headdress that defined this period consisted of yarn and yarn hanks three to four meters in length that completely wrapped the head leaving only part of the face exposed.⁸ Owing to their pliable nature, the examples found exhibit interiors that could readily adapt to the diverse artificial deformations presented by individual skulls, a practice applied to children from an early age. Virtually all turbans use solely camelid fiber; very few are made of cotton or combine it with wool.⁹ Despite their seeming uniformity, they actually vary widely in shape (*Figure 2*). A study of a sampling that covers only a section of the Norte Grande revealed 14 types and undoubtedly there are many more.¹⁰ This variation is principally the result of a specific way of wrapping yarn and yarn hanks around the head, the way in which the elements are joined together, the combinations of colors in the hanks and, less often, the use of other materials in the headdress structure, such as ribbons, cloths and human hair. According to the previously mentioned study, some types of turbans tend to be more common and characteristic of certain areas, suggesting the existence of individuals who, while sharing the same tradition, belong to somewhat culturally different groups.¹¹

In the valleys of Chile's northernmost region, turbans were worn up until around 300 BC; however, in the *pampa* –high plains– of Tamarugal, they persisted until AD 400. At this latter location, some individuals wore wide caps made with a knotting technique, representing the first evidence of truly woven headdresses in the region. In San Pedro de Atacama, turbans endured until the first contacts with Tiwanaku, toward the 6th century. In fact, an exceptional portrait vessel of this last culture shows a male subject's wrinkled face with a *tembetá*, or circular lower lip plug, wearing a turban-shaped headdress.¹² A wooden spoon from this same period in San Pedro de Atacama has an engraved figure on it with what appears to be one of these headdresses.¹³ In fact, ethnohistoric references indicate that turbans were used by some Andean peoples who came into contact with 16th-century Spaniards.¹⁴

Today, most archaeologists believe that the turbans found on the heads of the deceased were effectively used by them during their lifetimes. Nevertheless, researchers who participated in the excavations of the cemeteries state that some headdresses covered the individuals' eyes, and add that with some turbans the yarn hank segment passing under the chin was held so tightly to the cheek that it would have been impossible for a living person to have actually worn it.¹⁵ Other authors observe that the yarn and hanks show no signs of use, such as discoloration or sweat and oil marks, as is the case with the caps of later periods.¹⁶ Additionally, these thick rolls of wool seem inappropriate for the scorching desert sun or the torrential highland rains. In any case, although it is not entirely possible to discard the idea of turbans having played a part in the daily life of Chilean desert peoples, it is quite likely that many were made just for the time of burial. They would serve as headdresses for the next life.

Many turbans have accessories inset in or attached to their hanks, such as arrowheads, hooks and harpoon heads. It is tempting to conclude that these implements indicated activities developed by the individuals during the course of their lives. Nevertheless, the practical use of other implements added to the turban is less evident (*Figure 3*). Feathers, bird of prey claws, snuff tubes, reverse-twist yarn, locks of human hair and serpent-shaped copper brooches suggest that some accessories served magical or ritual functions. The relationship between certain birds and the visions of some individuals under the effects of psychoactive substances is well established in South American ethnography.¹⁷ In addition, reverse-twist yarn is normally considered in the Andes as protection against spells, bad spirits and sickness.¹⁸ Also, the symbolic relationship between hair and snakes is found to be entrenched in Andean thinking. It is plausible, therefore, that the turban –as a

“woolen serpent” coiled on the head– played several roles in protecting the dead on their trip to the hereafter.

Wool goes to their heads

Diverse marine products, such as shells, and collar beads made from mollusk valves and eventually algae, shellfish and starfish, seem to have been highly sought after by the complex societies that were by then beginning to develop in the altiplano. Perhaps, as occurs today, some of these articles were perceived to be “solid” substitutes for seawater, with all the associated magical powers it had in the Andean world to drive away drought, promote rain and ensure human health. Toward AD 800, when some fishermen groups in Arica went midway up the Azapa River valley to establish permanent villages and to work the land, a number of semi-tropical crops were added that were equally attractive to the upland peoples.²⁰ Since early times, one of the main products that the altiplano peoples offered in exchange to coastal dwellers was camelid wool. Endowed with vast grassland plains, the area around Lake Titicaca began becoming one of the Andes' richest llama and alpaca territories, and a region where wool and its textile derivatives would grow into important items of production and trade.

In a short amount of time, access to altiplano wool came to represent a powerful sign of social prestige among fishermen and farmers in Chile's far north region.²¹ Figuratively speaking, but also in a very real sense, “wool went to their heads,” because the turban represented the main object made with this new fiber. The large quantity of woven fiber in the headdresses of the deceased contrasted with the small amount of woven fiber both in their clothing and other mortuary textiles, indicating that wool was nevertheless a scarce resource and consequently held in high social esteem. Although turbans appear equally in men's, women's and children's tombs, not all community members seem to have had the same access to wool. Of every ten individuals in the Norte Grande cemeteries, only between one and three were buried with them.²² In addition, those accessories that were inset in or attached to these cephalic garments tend to be unique and exotic, also stressing the privileged connections of some individuals with foreign suppliers. In addition, most of the implements used for snuffing –a shamanic practice apparently of altiplano origin– are found exclusively with the turbaned deceased in cemeteries. In other words, as a consequence of the disparate participation of individuals in the highland traffic networks, incipient social differences began to evolve in some of Northern Chile's communities –settlements that until then had been essentially egalitarian. The means by which to flaunt wealth was through the mortuary offering, and especially, the turban.

Through their economic ties with the altiplano, the desert communities stayed in tune with the cultural changes that the Lake Titicaca societies were experiencing. The development of textile techniques in the highlands brought about the introduction of new woven garments in the desert. This is the case of loom-woven bags, loincloths and tunics. Prominent among these cultural contributions was a tall, round, slightly globular-shaped hat of ringed bands of cloth, that circulated selectively in some areas of Northern Chile between approximately 500 BC and AD 500 (*Figure 4*). Its polychrome designs, which include stepped motifs and crosses with four equal arms, leave little doubt as to its connection with the Yaya-Mama style, and could have reached the lowlands directly from the Chiripa or Pucara kingdoms, or else through some point along the southern coast of Peru linked to the altiplano. Another important innovation associated with the head occurred with hairstyles. During most of the turban era, men and women wore short hair; however, over time they began to let it grow longer, braiding it in different ways (*Figure 5*).²³ The arranging of human hair in complex braids not only seems to reflect the new textile techniques, but also to represent a metaphor of the frequent crossings between individuals throughout this vast territory.²⁴ The tight weft of contacts woven during this period opened the way for what during the following time span would be the first large-scale integration of the Andean peoples.

The Tiwanaku Centuries

One of this new period's most striking political events is the ascent of two major states: the Wari, in the Ayacucho Valley, and the Tiwanaku, at Lake Titicaca. Their respective expansions led to a bipolar order, which during half a millennium exerted influence over a wide variety of ethnic groups throughout a large part of the Andes. This epoch in Northern Chile was marked by relations with Tiwanaku, the powerful state that dominated Titicaca after Pucara. Its capital, situated on the southern side of the Lake, was a monumental civic-ceremonial center, with stepped pyramids, palaces, small sunken temples, doorways, bas-reliefs and finely carved stone sculptures. From this center and other minor centers, their rulers administered a prosperous economy that was based on the cultivation of highland grains and tuber-bearing plants in raised fields; the production of refined crafts; the rearing of large camelid herds; and trade with other more distant societies, principally through caravan traffic. Toward the 6th century, this political organization began expanding into southern Peru, southern Bolivia and Chile's Norte Grande. Although this process was due fundamentally to economic interests and produced important social and technological changes in the local societies, the

expansion of Tiwanaku is recognized by archaeologists principally through findings at these sites of a broad range of artifacts exhibiting images of its emblematic style: personages with staffs, radiant heads, winged dignitaries, sacrificers, felines, falcon-like birds, serpents with feline features, and other motifs imbued with a strong ideological content.

Two areas of Chile's desert region caught Tiwanaku's interest: the Azapa Valley, in the far north, and San Pedro de Atacama, in the heart of the Atacama territory. In Azapa, the altiplano rulers promoted the establishment of small agricultural colonies to provide the State with products from the valley and to strengthen relationships based on trade with the local farmers and fishermen. Toward AD 800, the economic interests in the valley became important enough to trigger the installation of an administrative center in San Lorenzo, facing the locality of San Miguel de Azapa.²⁵ Locally manufactured beakers and portrait vessels that are quite similar to those found in Tiwanaku suggest that the Azapa dwellers participated in the same libation rituals with maize or quinoa *chicha*, an alcoholic drink, that the State customarily offered to its altiplano farmers in retribution for their work. The marked social differences characterizing Tiwanaku society's political core was also expressed to some degree in its Azapa colonies. The State officials that administered these enclaves enjoyed a higher living standard and wore better clothing than the rest of the population.

Further south, San Pedro de Atacama had become a bustling trade center fed by numerous caravan routes. In addition, copper and turquoise mining in the region had generated a flourishing semi-precious stone industry and exchange network. To draw this dynamic oasis into its sphere of influence and to capture its attractive production, Tiwanaku did not introduce colonies, as in Azapa; rather, it applied a strategy of ideological persuasion with Atacama's highest ranking social sectors. The ritual consumption of hallucinogenic powders through the nose, in Tiwanaku as well as in San Pedro de Atacama, seems to have been one of the means by which State agents influenced their negotiations with the local elites. Through engraved images on wooden tubes, trays, mortars and other snuffing paraphernalia, many symbols incarnating Tiwanaku power reached the oasis. Fine altiplano gifts, such as tunics, or *unkus*, pottery, baskets and objects made of noble metals, also contributed to identifying the members of the local elite with State ideology and to elevating their prestige within their communities. By the end of this period, San Pedro's economic prosperity and the position attained by the society's most affluent sectors depended in large measure on the connections that had been established with the highland center of Tiwanaku.

The people of the four corners

Although the first caps appear in Chile's Norte Grande region during the turban-wearing period, it is only now with Tiwanaku that they become more commonly used. Emblematic of this period is the four-cornered cap –a woolen headdress of quadrangular shape, crowned by a conical appendix in each corner. Ceramic portrait vessels and human figurines carved from wood exhibiting this headdress show that it rested on the upper part of the head, covering the forehead just above the eyebrows, and leaving exposed the ears, nape of the neck and the braids that were characteristic of men's hairstyles in those times (*Figures 6 and 7*). Such caps have been encountered quite often in cemeteries along Peru's southern desert coast and even more so, in the lateral valleys of Chile's far north region. Generally, they are found on the heads of the deceased; however, sometimes they appear on their laps or in other parts of the mortuary offering. Unlike the turbans, they show clear signs of having been worn during a person's life. They are seldom recovered in humid zones, probably due to the poor conservation conditions. Few have been reported in the surroundings of Cochabamba and in the Uyuni Salt Flat in Bolivia.²⁶ In contrast, they are abundant in Azapa, although they tend to decline in number toward the northern and southern parts of this valley, where only a few specimens have been found in the Pica, Quillagua, Calama and Chiuchiu cemeteries.

This type of cap varied somewhat in shape and decoration (*Figure 8*). The most classic Tiwanaku four-cornered cap –polychrome, with the form of a truncated pyramid or cube– was made with nine different-color yarns. In its lower or in its intermediary part, it tends to have a zigzag band with interspersed motifs recalling the Tiwanaku bas-relief patterns. A key iconographical form in many of these caps is the falcon. The heads of these birds of prey are arranged in juxtaposed pairs looking upward, forming stepped designs that evoke the image of Tiwanaku's own terraced pyramids. The cap's corners represent skyward-pointed falconid heads, which in some specimens include wings. Finally, the top of the cap features a square crossed by two diagonal lines that define four equal triangular areas.

Researchers believe that the four-cornered cap served as a kind of Tiwanaku membership insigne, reflecting the user's affiliation with the highland state, and that its variations expressed class differences.²⁷ The polychrome caps would have been used by the elite members of Tiwanaku, as evidenced by the fine portrait vessels presenting personages wearing these caps and ear spools. In contrast, those with one- or two-colors would have been worn by lower-ranking social groups. In their textile structure, these latter caps show in relief zigzag designs or rows of rhombi –two motifs that formed part

of the Tiwanaku iconographic vocabulary.

Certain versions of these monochrome and bi-chrome caps were adopted by the coastal peoples of Arica. We do not know, however, if they did this simply to imitate the colonists, or because, in fact, they were part of the Tiwanaku political system. Regardless, the adoption of this cephalic garment on the part of the "people of the four corners" symbolically proclaimed their political or cultural allegiance to the altiplano State.²⁸ Following the fall of Tiwanaku, many of these caps –visually simpler than the polychrome ones– remained in use among the local inhabitants for a long time, co-existing with hemispherical-shaped velvet caps.

Fur caps in the desert

In Atacama, just like in Azapa, the cap –as a generic form of headdress –was known before Tiwanaku. However, it came into common use only after ties were developed to this State. The most prevalent type of cap consisted mainly of a thick, plaited fiber ring covered with camelid fur that encircles the head, leaving the forehead, ears and braids exposed (*Figure 9*). Sown onto the ring is a knotted-weave skullcap, or circular covering, that adjusts to the upper part of the head. Some specimens include a chinstrap. Although these caps may have had been widespread, to date they have only been found in cemeteries in the Atacama Salt Flat and Loa River basins. It may seem odd that fur caps were worn in hot environments, but, in fact, they represented a good practical solution for protecting the wearer from the wind, beating sun and freezing temperatures, which characterized the desert and the Atacama puna –altiplano– during certain seasons of the year.

Fur caps are easier to find in tombs in San Pedro de Atacama than the four-cornered caps in the cemeteries of the Azapa Valley. Some authors suggest that the circular headdress giving the heads on the Tiwanaku portrait vessels a slightly convex shape represented the model for the Atacama fur caps (*Figure 10*).²⁹ And in effect, the thick fur ring gives San Pedro mummy heads a "bulging" aspect, which is also seen on portrait vessels. Two small statues of the Pokotia highland locality wear caps that are very similar to the Atacama fur hats, strongly implying that these latter did indeed have their prototypes in the Lake Titicaca area, probably during the transition from Pucara to Tiwanaku.³⁰

The Inca practice of using clothing to distinguish the different "nations" comprising their empire may have had its earliest origins in the multi-ethnic political order of Tiwanaku. In its Arica colonies, Tiwanaku fostered the use of various kinds of four-cornered caps. In San Pedro de Atacama, it would have promoted the use of the fur cap.³¹ Since its relationship with the oasis population was strictly "elite to elite," during the

altiplano hegemonic period, these latter headdresses formed part of the costume worn by the desert society's upper class sectors. In time, however, the fur cap spread to lower level groups. While during this period there was a wide variety of headdresses, including hemispherical caps, plush berets and headbands, the engravers of wooden figurines preferred depicting fur caps, which indicates that this type of headdress eventually became one of the most distinctive elements of Atacama dress (*Figure 11*). In Tiwanaku, women of the elite wore headdresses with a scarf attached to the crown that fell on both sides of their head, while in Azapa and Atacama, they seem to have gone bareheaded.³²

The age of warriors

Following the Wari and Tiwanaku collapse in the 11th century, a power vacuum was produced, unleashing a period of intense inter-ethnic conflicts throughout almost all of Andes region. During the previous era, the integration attained—at the mercy of the control of these two states—gave way to “balkanization” and power sharing among various ethnic leaders. Thus, a transition took place from a bipolar to a multipolar system. In addition, the region suffered several centuries of extreme aridity, resulting in the reduction of agricultural and herding production, and the displacement of populations toward the territories of other ethnic groups that were obliged to defend themselves by building *pukaras*, or fortresses, on strategic high points. The war, with its wake of pillaging, death and destruction, spread throughout the region. Each sub-region began to emphasize its cultural differences with the others through distinctive pottery styles, burial systems, worship methods and manners of dress. Nevertheless, many cultural elements introduced by Wari and Tiwanaku remained until this period was well advanced. Despite conflicts, the warring societies managed to maintain interaction and exchange networks through truces, pacts, alliances, negotiations and a lessening of hostilities, although these ties were over much shorter distances than in the previous period. Paradoxically, neither war nor the climatic crisis could deter agriculture output, population growth, settlement size and trade from reaching unprecedented levels in various parts of the Andes.

Atacama, Pica-Tarapacá and Arica are the main cultural systems that characterized this tense period of Andean prehistory in Northern Chile. San Pedro de Atacama's connection with Tiwanaku came to an end in the middle of the 10th century. This situation plus the increasing aridity brought a halt to the oasis' regional leadership, ushering in a new period marked by growing impoverishment and poor living conditions, leading to

the reorganization of Atacama society. Some groups moved their settlements to places with more water for crops and better pasture for herds.³³ Chiuchiu and other small villages, as well as areas such as the Salado River basin, which in the past had played secondary roles in the economy of the San Pedro culture, now acquired greater importance. The construction of several *pukaras* and fortified settlements in the same general area suggest that internal conflicts for land and other resources were common in the region. However, over time, the local communities probably saw the convenience of overcoming their divisions and rearticulating themselves as a society, among other reasons, to defend themselves from foreign aggression. By about the middle of this period, the Atacama people mainly co-existed in small altiplano colonies along the Salado River, maintained exchange contacts with coastal fishermen and controlled an enclave in Quillagua, in tense relations with Pica-Tarapacá groups.

Pica-Tarapacá developed in the oases and valleys located on the eastern edge of the Tamarugal Pampa. Owners of the caravan traffic to the coast—nevertheless, not a very important society—they opted for establishing links with Quillacas, an agricultural and herding chiefdom, with a political nucleus in the altiplano and small colonies along the Andes' western flanks. A large number of the region's trails, caravan roadside inns, geoglyphs and *apachetas*, or ceremonial cairns, came about as a result of these links between the altiplano, *pampa* and coast. In addition, the location of the Pica-Tarapacá territory between Atacama and Arica also facilitated an active interaction with those two areas. Most likely due to this society's coordinator role in the central desert, its sites contain a mix of artifacts of diverse cultural origins. Dozens of bags, wooden llama bells, ropes and hooks to sustain loads were found as offerings in Pica tombs, confirming the specialization of some of these communities in llama pack train traffic. And, too, armor pieces, slings, arrows, quivers and bronze knuckles suggest that the caravan expeditions—and life itself—in the region ran the risk of a violent encounter with other groups.

Arica was an agro-maritime society that occupied the coast, the valleys and the mountains of Chile's far north area. Its most immediate origins are found in the co-existence between the local Azapa population and the Tiwanaku colonies. From approximately AD 1000 onward, the population increased, villages multiplied throughout the region, and crafts, such as pottery and textiles, made strong progress. The key to this successful development lies in the mixed economy of its inhabitants, who were divided into farming *parcialidades* (groups) and fishermen groups. This success also stems from the occupation of the mountains

by culturally related groups that raised herds and crops with the aid of complex water works. During this period, the people of Arica curtailed to a certain degree the expansion of Aymara altiplano chiefdoms, such as Pacajes and Carangas, whose inhabitants, affected by droughts, were pushing to establish colonies in their territory. Several *pukaras*, located in intermediate lands between the altiplano and the coast, were witness to the tensions between these chiefdoms, and reveal the stormy political climate in which the relations between “highlanders” and “lowlanders” developed.

The helmets go to war

In his famous account of the Andean World’s successive historical ages, the *mestizo* chronicler Felipe Guamán Poma de Ayala classifies the pre-Inca period as the *Auca Runa* (Age of Warriors). He describes it as a time of bloody battles, massacres, kidnappings and pillagings where everyone fought against everyone. He adds that, out of fear for war, people abandoned their towns and lands to move to higher, fortified sites, “which they called pucara.”³⁴ There are those who believe that this description is not based on fact, but rather, myth. Some archaeologists note that many *pukaras* and other fortified sites were inappropriate for defense because they have multiple accesses, lack parapets, or are endowed with walls that are too long to protect along all their points.³⁵ Others doubt that there ever were real or “destructive” wars. They point out that these conflicts were more likely “ritual or “contained battles,” where the aim was not to kill one’s rival but instead only to wound him, as occurs today in the *tinkus* that are celebrated periodically in the Andes among the youth of different communities, divisions or lineages.³⁶ Nevertheless, certain injuries of the skeleton in this period, trophy body parts, mutilated skeletons, artifacts made of human bones, weapons, and armor pieces indicate that the Andean wars were not mythical but very real. In addition, a fortified site’s defenses do not necessarily have to be continuous or inexpugnable to be effective, especially if the opposing forces are relatively small and equipped only with simple warring equipment, as was the case in this period.³⁷ Finally, the modern *tinkus* very rarely include the participation of women or the capture of human trophies, and are never conducted in fortified places.³⁸ These arguments tend to ratify the existence of the *Auca Runa* as a historical event. Many of the conflicts that characterize this epoch were probably brief raids into enemy territory or isolated, low-level confrontations; however, there is little doubt that during some intervals, major generalized conflicts transpired.

According to Guamán Poma, the arms used by Andean peoples in war consisted of lances, maces or

clubs, slings, axes, metal pectorals and helmets, suggesting that during combat, the enemy was felled mainly through weapons that stabbed, cut or made a strong impact.³⁹ The vignette that accompanies this passage of the chronicler’s manuscript includes several of these implements, but in addition, he shows that stones were hurled by hand from the top of a *pukara* at the enemy front lines (*Figure 12*). The head was, therefore, one of the main targets during battle. Recent studies conducted on skulls from San Pedro de Atacama cemeteries show that between AD 1000 and 1400, the cases of interpersonal violence, for men as well as for women, tripled from the time of Tiwanaku, and are seven times greater than during the Inca period, confirming that those eras of State hegemony in the oasis were separated by a period of considerable stress and social agitation that involved a large part of the adult population, regardless of gender.⁴⁰ Many of the casualties seem to have occurred due to a lack of protection. Most injuries involve the left parietal bone or the nose. While a thorough study of the wounds that sheds greater light on the types of weapons used has yet to be conducted, it is clear that these injuries were caused by hard objects, such as maces in the first case, and perhaps bronze knuckles in the second (*Figure 13*). In addition, instances of healed bone structure indicate that there were survivors of these injuries and those violent events were frequent throughout their lifetime.⁴¹

Not everyone, however, went unprotected to the battleground. As a cephalic defense, Chile’s northern warriors wore a dome-shaped helmet that protected their entire head (*Figure 14*). It had a structure made of vertical splints, covered with (a) coil(s) of vegetable fibers spirally wrapped with camelid wool. In its front part, the helmet had a low, narrow rectangular cut, allowing the wearer to see while still having some facial protection. The piece was secured with a chinstrap. Designs on the headdress surface and artifacts attached to it as insignia probably played a heraldic role or reflected rank. Striking crests may have served to increase the warrior’s stature and to intimidate the adversary; together with facial paint, this adornment may have served as a kind of “ritual armor.” There is iconographic evidence that suggests that between the helmet and the head was a hood whose skirt(s) fell over the upper back and shoulders.⁴² Thick woolen mantas that absorbed impacts, and above all, dense chest and back pieces made of alligator or sea lion hide, provided protection for the entire body against attacks, including from arrows, since archery was common in the area. It may be that the warrior chiefs went to the conflicts with pack llamas carrying their campaign gear.⁴³

Tell me the hat you are wearing...

With the fragmentation of power in the area and the exacerbation of regionalism, there was a (re)emergence of local identities, which perhaps in the previous period had been repressed, thwarted or were yet to be defined.⁴⁴ As a result, a strong need was created for individuals to outwardly manifest their allegiance, now instead of to the Tiwanaku political system, to their own ethnic community. A key means was through costume, since in the Pre-Hispanic Andes, an individual was basically what he wore. His dress—from head to toe—functioned as an emblem that clearly signaled his belonging to a particular ethnic group. Therefore, a person's clothes and social identity were closely linked.

Thus, diversity in the region's cephalic garments came to be a distinguishing feature of the costumes in those times. Even though more elitist caps that had been in vogue during the Tiwanaku hegemony were no longer in use, such as the four-cornered polychrome hat and the fur cap with a knotted-loop skullcap, in the far north the four-cornered monochrome and bi-chrome caps persisted as a form of headdress among the local inhabitants, to the point of characterizing different Arica culture communities.⁴⁵ Nevertheless, they experienced some modifications (*Figure 15*). Their typical appendices were made shorter, and in some cases, were eliminated altogether. Others had feathers added as adornments. The most drastic changes, however, involved the headdress's general shape: some of the specimens found retain the stepped pyramid aspect associated with the polychrome caps of the past, but over the years become taller; others underwent the same process, with their sides becoming slightly convex; and a third group, the latest, have the cube shape of earlier caps but become progressively shorter (*Figure 16*).⁴⁶ In contrast, in Atacama, the fur caps with a covering made through the loop-and-twist technique survived from the previous period, but their ring grew taller, with more vertical sides. Some also had ornamental feathers inserted into them. From San Pedro de Atacama, the leather cap spread to the rest of the Atacama villages, and even to trans-Andean localities. Diverse wooden utensils associated with the consumption of hallucinogenic substances, or posts such as those found in the Chacance Oasis, feature carved figurines wearing this characteristic headdress.⁴⁷

In a Chiuchiu Oasis cemetery, archaeologists found triangular-shaped diadems consisting of a leather base strapped to the forehead, emanating large appendices of the same material.⁴⁸ Six of the 12 figures represented on an exceptional pyro-engraved gourd wear shield-shaped costumes and the same types of crowns. Another five have what appear to be leather chest protectors as well as headdresses not found in the local cemeteries; one

member holds a *tumi*, or curved knife with a handle. The remaining personage wears a combination of garments from both groups (*Figure 17*).⁴⁹ While it cannot be proven, the image may represent two distinct halves of a community, or rather, an alliance between different communities, such as that existing between the *Atacamas* and the *Chichas* upon Pedro de Valdivia's arrival in the 16th century.⁵⁰

In the Tarapacá Desert, the inhabitants typically wore a disc-shaped headdress, which has been frequently found in the cemeteries of the Pica Oasis (*Figure 18*).⁵¹ It consists of a broad disc of plant fibers, crowned with feathers, from whose center sprouts a thick handful of braided fibers, or sometimes a fist of feathers.⁵² A ring of vegetable fibers sown onto the disc allowed insertion of a cap, and a chinstrap was used to hold the entire piece in position. Owing to its light and permeable structure, this headdress was inadequate for the rains in the Andes; however, it must have been useful in providing shade against the pampa's harsh sun.

In Pica, helmets and hoods have also been found, but while the former have been encountered extensively from Arica up to the Loa River, the latter have been discovered almost exclusively in Pica and its neighboring oasis (*Figure 19*).⁵³ Some hoods were loom woven while others were knit with knots; woolen locks were added, making them appear like wigs. The boy that the Incas sacrificed at the Cerro El Toro "mountain sanctuary," in San Juan, Argentina, had a couple of these hoods, suggesting that this type of headdress continued into the following period and maybe even up until contact was made with the Spaniards.⁵⁴ In fact, we suspect that "the hooded Indians," who according to Vivar were one of the desert groups that announced to the Atacama people that Pedro de Valdivia and his expedition team were headed to this region from Tarapacá, received this nickname due to their Pica hoods.⁵⁵

It is also thought that pelican-feather diadems served to identify Arica culture "fishermen groups."⁵⁶ Velvety caps with tufts or "ears," hemispherical and truncated-cone caps complete this inventory of native and foreign headdresses, whose heterogeneity was the result of a truly explosive period of ethno-diversity in Northern Chile (*Figure 20*).

Under the Empire of the Sun

The Inca Empire's *-Tawantinsuyu-* expansion in the 15th century was initially based on the rapid military conquest of territories and ethnic groups around Cuzco. In a short period of time, the Incas dominated their immediate neighbors. They then annexed vast areas on both sides of the Peruvian Andes, and in a little over a century, conquered from southern Colombia to Central Chile. The Inca political order was, therefore, a unipolar

order at a Pan Andean scale. This efficient state organization moved troops, state officials and goods across great distances and in the provinces, established a model of government based on alliances with local authorities as well as on the redistribution of goods and services. Part of the Empire's wealth went to the State coffers; another part, to finance the religion; and another, to the leaders—considered descendents of the Sun.

At its zenith, *Tawantinsuyu* comprised four large territorial divisions: *Antisuyu*, *Condesuyu*, *Chinchaysuyu* and *Collasuyu*. Northern Chile formed part of *Collasuyu*, which contained the Empire's southern provinces. Here, as in other regions, the Cuzco system established a *mita*—"turn of service"—system through which the conquered populations paid tribute to the State. In the occupied regions, the Incas intensified mining, herding and the manufacturing of crafts; they established vast crop field expanses and increased agricultural productivity; in some areas, they took the local populations and relocated them elsewhere, and reoccupied the land with loyal foreign subjects, or *mitimaes*; they set up "sanctuaries" on the highest peaks; and they built an extensive network of centers, *tambos* (roadside inns) and roads to administer and control the annexed territories. The Pax Incaica put an end to the previous period's political turmoil just when the severe droughts that for so long had pummeled the Andean peoples began to be mitigated by the advent of a relatively moister climate.

Once the Aymara chiefdoms of the Peruvian-Bolivian altiplano (a region also known as Collao) had been conquered, the Incas were able to govern through them all of Northern Chile's coastal, valley and mountain peoples. As a result, the chiefdoms finally saw their secular interest satisfied in being able to access the resources of this territory. Mollepampa in the Lluta Valley, Alto Ramírez in the Azapa Valley, and Hacienda Camarones in the valley of the same name are some of these lowland settlements that were associated with the Incas. The State's presence, however, is more evident in the mountains, especially near the Inca road, or *Qhapaqñan*, that came from Tacna and continued south by the half skirt of the foothills toward the valleys and oasis of the Tamarugal Pampa.⁵⁷ This is the case of the roadside inns, or *tambos*, such as Chungará and Taruguire, or of administrative centers like Zapahuira and Saguara, all built of stone. It is also the case of San Lorenzo de Tarapacá and the Pica Oasis. The region's role for the Empire was to provide marine and warm lowland agricultural products to State settlements connected by the road system, as well as to direct a part of these supplies to the previously "Incanized" chiefdoms of the highlands.

In contrast, Atacama represented a mining province to the Incas. It appears that they governed it with fewer altiplano intermediaries than further north. The Cuzco State took advantage of the thousand-year-old Atacama expertise to exploit diverse metals, semi-precious stones and colored earth, thus incrementing production in mines such as Collahuasi, El Abra, Chuquicamata, Cerro Verde and San Bartolo. Through alliances with the region's elites, but super-imposing a higher level of government, the Incas involved the local population in tribute relations with the State. To control the mining resources, as well as agricultural and herding production, they built administrative centers in Turi and possibly in Chiuchiu, in the Loa River basin, and in Catarpe and Peine, in the Atacama Salt Flat basin—all linked by a network of roads endowed with secondary centers, *tambos* and road markers. This network was an effective instrument of physical domination over the territory; however, as in the case of the "sanctuaries" built by the Incas on Atacama peaks, this was also a powerful instrument of symbolic conquest over the region's inhabitants.⁵⁸ So much so that to date, legends are told by the inhabitants about the "Inca King" who inhabits the hills, alters the landscape and controls the destiny of the world.⁵⁹

The Inca's Royal Council

From his capital, the city of Cuzco, the Inca governed the Empire with the assistance of a "royal council" comprising a select group of representatives from *Tawantinsuyu*'s four large territorial divisions.⁶⁰

One of Guamán Poma's most famous vignettes shows the Inca with his Council (*Figure 21*). In the foreground is the ruler with his royal insignia that identify him as the *Zapan Inca*, the great authority. On his head is the *llautu*, a cingulum woven in different colored wool yarns, and the *masqa paycha*, a fine woolen tassel that was sown onto the *llautu* and fell over the forehead (*Figure 22*). Two large ear spoons, most assuredly of gold, proclaim his supreme rank. He wears a *manta* about his shoulders and an elaborate *unku* that reaches down to his knees. In his right hand he holds a war club with an eight-pointed star head (*wamani chanbi*). Completing the costume are four leg lacings and the *uxutas*, or royal sandals. He is flanked by two important Inca dignitaries belonging to his lineage—one probably from Hanan Cuzco and the other, from Lurin Cuzco, the two halves of the Empire's capital.

In the background are the advisors of the four *suyus*. At one end is the representative of *Antisuyu*, wearing a headdress with a feather-plumed headband. At the opposite end is the representative of *Condesuyu*, whose cephalic band has a flower appliqué on its center and a circular appendage sewn on each side. His headdress is a

kind of cingulum. In its center is an inverted “U”-shaped object with a large overhanging appendage that ends in a star-shaped element. Behind the ruler’s left shoulder are two *Collasuyu* authorities. The closest to the Inca wears a hemispherical cap crowned by a cingulum with a curved element attached to its center. The other is wearing a truncated-cone cap, also crowned with a cingulum, but with a half-moon insigne.

The *Collasuyu* leaders represented the Empire’s quadrant that extended south from Cuzco, and that included Northern Chile. All of the broad ethnic and political diversity of this vast southern territory is depicted in one of Guamán Poma’s vignettes by just two Collao authority figures.⁶¹ A description made by Pedro Pizarro of Lake Titicaca headdresses readily applies to the caps worn by these two advisors (*Figure 23*).⁶² According to Pizarro, “those of one corner of the lagoon wear caps on their heads that are higher than one palm, and as wide at the top as at their base; those of the other part wear caps that are narrow at the top and wide at their base.”⁶³ Those that were “as wide at the top as at their base” seem to allude to hemispherical caps that served as an emblem of the Aymara chiefdoms of the lake’s northern side: the low hemispherical caps would have identified the *Colla* groups and the tall hemispherical ones, the *Cana* groups.⁶⁴ In contrast, the caps “that are narrow at the top and wide at their base” seem to correspond to the truncated-cone caps that were worn as a cephalic emblem by the Aymara chiefdom populations that lived on Lake Titicaca’s southern side: the monochrome truncated-cone caps would have distinguished the *Pacaje* groups, and the polychrome truncated-cone caps, the *Caranga*, *Aullaga* and *Quillaca* groups.⁶⁵

Surprisingly, similar kinds of caps appear on Tiwanaku portrait vessels dating back at least to the 9th century, suggesting that these headdress shapes represented the ethnic emblems of Lake Titicaca’s surrounding populations over six centuries before the Incas.⁶⁶ The implications of this are interesting: the predecessors of the *Collasuyu* advisors formed part of the Tiwanaku elite, or they were at least sufficiently prominent so as to have their effigies and insignia reproduced on these emblematic Tiwanaku vessels. We know that during the long intermediary period between the fall of the Tiwanaku State and the Inca conquest of Collao the chiefdoms using the truncated-cone and hemispherical caps insisted on establishing colonies on the western flanks of the Andes, but met with the staunch resistance of the local societies. The discovery of these headdresses in the tomb furnishings in several of Chile’s far north cemeteries was quite likely due to episodic periods of détente in the midst of the reigning warring climate. Nevertheless, beginning from the 15th

century, a more plausible explanation of their presence in this region is the installation by the Incas of *mitimaes* from among these highland ethnic groups, in the lowlands.⁶⁷

The empire loses its head

November 1532. In the fading afternoon light of the *Ayca Marçay Quilla*, or month of the dead, Inca Atawallpa received Francisco Pizarro while seated on his royal throne in the public square of the Inca city of Cajamarca (*Figure 24*). The story behind the encounter between the Andean ruler and the Spanish leader is well known. In spite of the enormous numerical superiority of the Inca troops, a handful of horse-mounted men wearing suits of armor and carrying swords and harquebuses captured the Inca through tricks, provocations and a final bloody skirmish.⁶⁸ Not even all the gold and silver that Atawallpa was able to bring to Pizarro from the four corners of the Empire proved sufficient for his life to be spared. According to Spanish versions, Pizarro offered him a choice: to die as an infidel burned at the stake, or if he agreed to become baptized, to be strangled to death by a garrote. Atawallpa chose this latter alternative.⁶⁹

Andean history, however, maintains that the Inca was decapitated.⁷⁰ An image of Guamán Poma shows him lying on his back on a scaffold platform, his hands and feet in iron shackles, and held down by three of Pizarro’s men (*Figure 25*). Barefoot but still wearing his royal *llautu*, *masqa paycha*, ear spools, and *unkeu*, Atawallpa faces martyrdom with a crucifix in his hands. The executioner holds a machete to the sovereign’s neck, and has a club poised to strike it that will sever his head.

The severing of heads constituted part of the collective imagination of the Andes since this civilization’s origins. In Chile, the representation of this practice dates back to at least the times of the Pucara kingdom, reaching its climax with Tiwanaku, and persisting during the *Auca Runa* (“Age of Warriors”), and even during *Tawantinsuyu*. At the core of this imagery is the so-called “Sacrificer,” a personage who carries an axe or other cutting instrument, a severed human head, and sometimes a captive with his hands tied, or a beheaded body. Dozens of engraved wooden or bone instruments from Northern Chile, textiles, metal objects and rock art depict different versions of this figure. One of the characteristics of Andean iconography is that many of the situations portrayed in images reflect actions that actually took place, and not those that solely occurred in mythical or idealized discourse. Myths probably functioned as models for ritual activity. In the cemeteries of the Chilean desert, as in other Andean regions, archaeologists have found axes, *tumis*, heads without bodies, bodies without heads, and dismembered remains,

indicating that there were in fact individuals who had been sacrificed, or at least, mutilated *post mortem*. The more classic interpretation is that the heads were enemy heads, ritually severed as war trophies. An alternative explanation (one that does not necessarily contradict the latter) sustains that this practice was due to the belief that the dead “watched over” the crop fields and ensured abundant harvests.⁷¹ Certain parts of the human body were cut off and planted in the ground, in the same way that farmers cut off pieces of potatoes with buds and bury them in the ground to produce new plants. In other words, the dead were used for their life-renewing powers, not only to benefit crops, but the entire community.

For Andean peoples, Inca Atawallpa did not die of strangulation, but rather, from decapitation, and his head—protected by the royal “signs”—was buried to give new life to the Empire. In mythical Andean thought, there exists the conviction that at some point in time a *pachakuti*, or “world reversal,” will occur, destroying present-day society and restoring *Tawantinsuyu*.⁷² The Empire of the Sun may have lost its head at the hands of the Spaniards in Cajamarca, but its buds will ensure the return of the “Inca God.”

Epilogue

It is fascinating to observe the wide variety of garments used by *Wirakocha*’s children in the Andes. However, what is even more remarkable is that beyond the practical dictate of protecting against the cold, sun or rain, diversity in attire was due to the different meanings conferred on clothing by varying sets of customs, values, conventions and beliefs. Costume variety is nothing less than a reflection of Andean social diversity, as seen through one of the most expressive cultural manifestations of these societies. The head—as the most prominent and visible part of the body—represented the privileged place to express much of this diversity. “Dressing” the head in the Andes was a symbolic resource for “announcing” important political, social, economic, ethnic and gender distinctions. This was also true for Northern Chile’s pre-Hispanic societies.

Over the centuries, cephalic garments of the Chilean desert were associated with religious beliefs, social differences, prestige, political control, ethnic identity, wars, and probably with innumerable other ideas related to their materials, textures, colors and manufacturing procedures, whose subtle meanings unfortunately escape us.⁷³ The particular history of the female headdress remains for now unknown, perhaps more due to a lack of research than to an absence of objectivity or to some other kind of bias. It is possible that during some periods of local prehistory, women might have gone bare-headed; however, it is enough just to view the pottery of Pucara, Nasca, Moche, Tiwanaku or Wari, or

else some of Guamán Poma’s drawings of the Inca period to be able to conclude that certain headdresses formed part of female attire in the pre-Hispanic Andes. Textiles similar to *mantillas* or coifs, including some caps, were among the most likely candidates for women’s cephalic garb in Northern Chile.

The Spanish invasion brought with it, of course, new forms of headdress. The round European cap of the 16th century had a certain similarity to some of the local caps, such as the velvety berets. The Conquistadors’ plumed helmet evoked to some extent the war helmets of Chile’s desert. In contrast, the *sombrero* lacked all precedent, unless the Pica disc-shaped cap can be considered as such; it was the sole vernacular headdress designed especially to provide the user with shade. The details of the replacement of the native headdress by the European *sombrero* are not well known. A 19th century vignette suggests that more than three centuries after the arrival of the Spaniards, the “crown-and-brim” headdress had become widespread among the indigenous and *mestizo* population, but also shows that some of the Atacama inhabitants continued to use the emblematic fur cap originating in the early part of the first millennium (Figure 26).⁷⁴ Continuity and change, tradition and innovation, loan and invention were always characteristics inevitably present in the different “signs” that the desert peoples wore on their heads throughout their three thousand years of cultural history.

Acknowledgements

I would like to thank the critical comments made to the first version of this work by my colleagues at the Museo Chileno de Arte Precolombino (Chilean Pre-Columbian Art Museum): Carlos Aldunate, Luis Cornejo, Francisco Gallardo, Francisco Mena, Claudio Mercado, José Pérez de Arce and Carole Sinclair. I would also like to thank Carolina Agüero of the Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Antropológicas de la Universidad del Norte (Archaeological and Anthropological Research Institute of Universidad del Norte) for her contributions to the chapter entitled “The Era of the Turban-wearers,” and José Luis Martínez of the Departamento de Ciencias Históricas de la Universidad de Chile (Historical Sciences Department, Universidad de Chile) for his data concerning Atawallpa’s execution, and suggestion to conduct an “Andean reading” of this episode. Of course, the manner in which all of their invaluable input was interpreted constitutes my sole and exclusive responsibility.

Notes

*Chief curator at the Museo Chileno de Arte Precolombino, jberenguer@museoprecolombino.cl

¹ “[T]he Creator formed from clay in Tiwanaku all of the nations that exist on this Earth, painting each with the costume and dress that it should have; likewise, he gave each nation the language it should speak, the songs it should sing, and the foods, seeds and vegetables with which it should sustain itself. Once he had done this, he ordered each nation to go underground so that from there they could go to the parts and places where he so ordered [...]” (Cobo 1964 [1653]:51).

² Sarmiento de Gamboa (1942 [1572]: 133) and Pizarro (1986 [1571]: 112), among others.

³ Santacruz Pachacuti, for example, says that the *Inga Manco Capac*, first in the mythical dynasty of the Incas, “[...] ordered that the dress and costume of each people should be different, as with their speech, to be known, because in this time, it was not possible to see and to know from what nation or settlement the Indians came [...]” See also Sarmiento de Gamboa (1942 [1572]: 133).

⁴ “The men and women of every nation and province had their signals and signs by which they were known and could not go without them or exchange them with those of other nations without suffering grave consequences” (Cobo 1964 [1653]: 113).

⁵ Cieza (1962 [1553]: 243-244). Cobo (1964 [1653]: 113) sustains something similar, but lets it be known that the headdress is exclusively masculine: “This sign was worn as part of clothing with

different stripes and colors; men, another more prominent on their heads, with each nation differentiating itself through its headdress.”

⁶ Vivar (1966 [1558]: 14).

⁷ Standen (2001: 44).

⁸ Agüero (1994: 10ff.). See Agüero (1993) for a technical description of three turbans from the Camarones Valley.

⁹ In specialized textile texts it is known as “camelid hair fiber,” but in this article we decided to use the term “wool” in its most generic form: “wool from lambs and other animals that is spun and serves for knitting and weaving” (RAE 2002).

¹⁰ Agüero (1994: 97-116).

¹¹ Agüero (1993: 74; 1994: 143).

¹² See Young-Sánchez (2004a: fig. 2.36).

¹³ Berenguer (1986: fig. 6).

¹⁴ “It is Yunga land where there are often a large number of Chinchá Indians to be found [...] They wear cotton of many colors, and a colored woolen hank on their heads and a sling shot” (Agüero 1994: 134 citing Murúa 1946: [1590]: 274).

¹⁵ Agüero (1994: 135, citing Focacci and Chacón 1989).

¹⁶ Agüero (1994: 134-135).

¹⁷ For example, see Torres and Repke (2006).

¹⁸ Agüero (1994: 140). Spinning is the process through which a group of fibers are ordered and twisted to become strings or threads; with a twist to the right, a “Z”-twist is obtained, and with a twist to the

left, an “S”-twist is obtained (Sinclair 2005: 21). The latter twist is also known as the “reverse twist.”

¹⁹ Agüero (1994: 141-142). Chávez (2004: 73ff., fig. 3.1).

²⁰ Santoro (1980).

²¹ Gallardo (1993), refers to wool in this period as a “privileged substance.”

²² Agüero (1994: 133).

²³ See Gallardo (1993: fig. 13, citing Arriaza et al. 1986).

²⁴ Gallardo (1993: 20ff.).

²⁵ Chacama (2001: 62, 64).

²⁶ Berenguer (2000: 86, top photo).

²⁷ Berenguer and Dauelsberg (1989: 151 and pass.); Berenguer (1993: 60). See Bravo (1987) and Sinclair (1998) for a technical description of these caps.

²⁸ Berenguer (1993: 53, 60).

²⁹ Berenguer and Dauelsberg (1989: 159).

³⁰ Cf. Cornejo (1993: 38, citing Posnansky 1945: figs. 86, 92 and 111 [see also figs. 91, 93, 93a and 94]). Young-Sánchez (2004b: figs. 3.7a, b) publishes a small Pucara-style statue that exhibits a headdress very similar to that of the Pokotia statues.

³¹ Berenguer (1993: 60). Technical descriptions of fur caps can be found in Bravo (1993) and Sinclair (2006 Ms.).

³² Korpisaari (2005: photos 1-6).

³³ This topic was developed *in extenso* in Berenguer (2004: 157-159, 504-509).

³⁴ “These Indians left and migrated from these fine places from fear of war and isolation and conflict among themselves. From their lowland sites they migrated upland settling in the hills, mountains and crags to defend themselves and began to build fortresses that they call pucara. They built walls and enclosures and within them, houses and forts and hideouts and wells to extract drinking water. And they began to battle and engage in war and killings with their Lord and King against another Lord and King, brave captains and valiant and courageous men [...] And their women and children were taken as were their sown fields, orchards and creeks and pastures. And they were very cruel in stealing their farms, clothes, silver, gold, copper and even the grinding stone that they call maray, tonay, muchota, callota, and belligerent Indians and traitors” (Guamán Poma 1980 [1615]: 50-52).

³⁵ Arkush and Stanish (2005: 4-5).

³⁶ Arkush and Stanish (2005: 6-7).

³⁷ Arkush and Stanish (2005: 7-9).

³⁸ Arkush and Stanish (2005: 13-14 and pass.).

³⁹ “[A]nd they fought with weapons that they call *chasca chuqui*, *zachac chuqui* [spear], *sacmana*, *chanbi* [club] *huaraca* [sling shot], *conca cuchona*, *ayri uallcanca* [axe], *pura pura* [metal pectoral], *uma chuco* [helmet], *uaylla quepa* [snail shell horn], *antara* [Panpipes]. And with these weapons they conquered each other and there was much death and bloodshed until all the prisoners had been taken” (Guamán Poma 1980 [1615]: 52).

⁴⁰ Torres-Rouff et al. (2005: Table 2 and pass.).

⁴¹ Regarding the use of maces, Ponce (2002: 219) says that they caused even greater harm to the adversaries only when used against the head: first the enemy’s legs were attacked, and after the person fell, the head. In his interesting comparative analysis with 16th-century Spanish arms, the author adds that Andean maces were not weapons of extermination, as were the arms of the Europeans, but rather of conquest, domination and integration of the dominated peoples. Probably, however, this Andean warfare “philosophy” was present only during periods of imperial conquest and control. During the *Auca Runa*, an extermination ethic may have prevailed.

⁴² Guamán Poma (1980 [1615]: 51).

⁴³ This idea, based on Santa Bárbara rock art, in the upper part of the Loa River, shows personages with helmets, breast protection and sometimes ear spools, holding a llama with a bundle on its back. In another work (Berenguer 1993, also Berenguer 2004a), we interpret them as “caravan travelers,” but in the current article, we add an alternative argument to the debate. It may be that there is no contradiction between the two interpretations, since during the *Auca Runa* period, caravans must have been subject to violent encounters throughout their routes.

⁴⁴ Berenguer (1993: 53, 61).

⁴⁵ Berenguer (1993: 52-53).

⁴⁶ Sinclair (1998: 180-182 and Table 3).

⁴⁷ For utensils, see for example Durán et al. (2000: figs. 29, 68-70). For anthropomorphic posts, see Núñez (2001: 40).

⁴⁸ Museo Arqueológico San Miguel de Azapa (San Miguel de Azapa Archaeological Museum (1992).

⁴⁹ Berenguer (1999: 45, top right).

⁵⁰ Vivar (1966 [1558]: 13).

⁵¹ Zlatar (1984: 96, 119, 171, 196).

⁵² See Palma (1993: 88-89) for a technical description of these caps.

⁵³ For helmets, see Zlatar (1984: 37, 48, 73, 128); for hoods see Zlatar (1984: 11, 84, 90, 119, 131, 170).

⁵⁴ According to Michieli (1990: 2, 51), the young man was buried with two shirts, a manta, two woolen caps, a loincloth, six sandals, a sock, a crest, two slings, a piece of rope and other lesser items. The formal and technical characteristics of the two caps are virtually identical to some Pica hoods. (see Michieli 1990: 7-9, 69). I wish to thank Carole Sinclair for providing me with this information.

⁵⁵ Vivar (1966 [1558]: 12).

⁵⁶ Horta (2000).

⁵⁷ Hidalgo and Santoro (2001: 82-84).

⁵⁸ Berenguer (2004b: 93, 100, 102-103).

⁵⁹ Aldunate et al. (2003: 21).

⁶⁰ “The Royal Council of this Kingdom existed in the great city and capital of Cuzco [...] generally known as the Tahuantin Suyu: Chinchay Suyu, Ande Suyu, Colla Suyu, Conde Suyu. And from Cuzco one can go to two parts: Hanan Cuzco-Chinchay Suyu; Lurin Cuzco-Colla Suyu. These main lord viceroys and princes and capac apo, apo, curaca, allicac and

other gentleman resided in the great city of Cuzco. These were royal counselors, Tahuantin Suyo camachicoc, capac apocopa, and for good government and punishment by justice of the bad, and mercy for the good. The governors were: two Incas, the main ones of Hanan Cuzco, and two others from Lurin Cuzco; and four great lords from Chinchay Suyo and two lords from Ande Suyo; four lords from Colla Suyo and two lords from Conde Suyo. These were the lords of the Royal Council of this kingdom and when one of them moved, their sons and brothers moved as well” (Guamán Poma 1980 [1615]: 337).

⁶¹ Berenguer (1993: 41, 60).

⁶² Berenguer (1993: 60).

⁶³ Pizarro (1986 [1571]: 111).

⁶⁴ Starting with the basic questions about the subject presented in our 1993 paper, but also adding a detailed analysis of a wider number of archaeological data, iconography and ethnohistory, Horta (2006 Ms.) suggests more precise ethnic definitions for these caps.

⁶⁵ Horta’s interesting article (2006 Ms.) focuses primarily on the ethnical affiliation of the different truncated-cone caps, reaching very plausible conclusions. See Hoces de la Guardia and Brugnoli (1993) for a technical description of these caps.

⁶⁶ See Pärssinen (2005: 31-32) and Korpisaari (2005: photos 15, 17, 19-20).

⁶⁷ This sentence and the previous one closely follow Horta’s line of argument (2006 Ms.). He quotes Durston and Hidalgo (1997) to place his archaeological, iconographic and documental analysis about truncated-cone caps

within the proposal of these authors about *Caranga* colonies in the Azapa Valley and the *Caranga mitimaes* in the coastal cemeteries from Arica to Camarones.

⁶⁸ See, for example, Guamán Poma (1980 [1615]: 357-358).

⁶⁹ J. L. Martínez, personal communication 2006.

⁷⁰ “Atagualpa Inca was beheaded and sentenced, his decapitation was ordered by don Francisco Pizarro [...] And this was the reason they killed him and beheaded Atahualpa Inca, and he died a martyr in a Christian manner; in the city of Cajamarca his life came to an end” (Guamán Poma (1615: 363).

⁷¹ Carmichael (1994: 83).

⁷² Cf. Martínez (1996: 36-40).

⁷³ See Martínez (1992) for the subtle distinctions and nuances that might be associated with these ethnic costumes.

⁷⁴ Berenguer (1993: fig.11) and Sinclair (2006 Ms.)

References

AGÜERO, M. C., 1993. Turbantes. In *Identidad y prestigio en los Andes. Gorros, turbantes y diademas*, J. Berenguer, Ed., pp. 74-75. Santiago: Museo Chileno de Arte Precolombino/Banco O’Higgins.
 ---1994. Madejas, hilados y pelos: los turbantes del Formativo temprano en Arica, norte de Chile. Thesis to obtain a Degree in Archaeology, Departamento de Antropología, Universidad de Chile, Santiago.

ALDUNATE, C.; V. CASTRO and V. VARELA, 2003. Antes del Inka y

después del Inka: paisajes culturales y sacralidad en la puna de Atacama, Chile. *Boletín de Arqueología PUCP* 7: 9-26, Lima.

ARKUSH, E. and C. STANISH, 2005. Interpreting conflict in the Ancient Andes: implications for the archaeology of warfare. *Current Anthropology* 46 (1): 3-28.

ARRIAZA, B.; M. ALLISON, V. STANDEN, G. FOCACCI and J. CHACAMA, 1986. Peinados precolombinos en momias de Arica. *Chungara* 16-17: 353-375, Arica.

BERENGUER, J., 1993. Gorros, identidad e interacción en el desierto chileno antes y después del colapso de Tiwanaku. In *Identidad y prestigio en los Andes. Gorros, turbantes y diademas*, J. Berenguer, Ed., pp. 41-64. Santiago: Museo Chileno de Arte Precolombino/Banco O’Higgins.

---1999. El evanescente lenguaje del arte rupestre en los Andes atacameños/The vanishing language of rock art in the Andes of Atacama. In *Arte rupestre en los Andes de Capricornio/Rock art in the Andes of Capricorn*, J. Berenguer and F. Gallardo, Eds., pp. 9-56. Santiago: Museo Chileno de Arte Precolombino/Banco Santiago.
 ---2000. *Tiwanaku. Señores del Lago Sagrado/Tiwanaku. Lords of the Sacred Lake*. Santiago: Museo Chileno de Arte Precolombino/Banco Santiago.

---2004a. *Caravanas, interacción y cambio el desierto de Atacama*. Santiago: Ediciones Sirawi.

---2004b. Cinco milenios de arte rupestre en los Andes atacameños: imágenes para lo humano, imágenes para lo divino. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 9: 75-108, Santiago.

BERENGUER, J. and P. DAUELSBERG, 1989. El Norte Grande en la órbita

- de Tiwanaku.
In *Culturas de Chile: Prehistoria*, J. Hidalgo, V. Schiappacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate and I. Solimano, Eds., pp. 129-180. Santiago: Editorial Andrés Bello.
- BRAVO, M., 1987. Peruvian technique for dimensional knotting: a pre-Columbian application for needle-netting. *The Weaver's Journal*, Summer: 17-20.
- 1993. Gorros atacameños. In *Identidad y prestigio en los Andes. Gorros, turbantes y diademas*, J. Berenguer, Ed., pp. 76-82. Santiago: Museo Chileno de Arte Precolombino/Banco O'Higgins.
- BRESSON, A., 1875. Le désert d'Atacama et Caracoles (Amérique du Sud), par M. l'Ingénieur A. Bresson, 1870-1874. Texto et dessins inédits. In *Le tour du Monde. Nouveau Journal des Voyages*, t. XXIX, fascículos 750-751, pp. 321-352.
- CARMICHAEL, P. H., 1994. The life from death continuum in Nasca imagery. *Andean Past* 4: 81-90.
- CHACAMA, J., 2001. Integración andina. In *Pueblos del desierto entre el Pacífico y los Andes*, C. Santoro et al., Eds., pp. 51-64. Arica: Universidad de Tarapacá.
- CHÁVEZ, S. J., 2004. The Yaya-Mama religious tradition as an antecedent of Tiwanaku. In *Tiwanaku. Ancestors of the Inca*, M. Young-Sánchez, Ed., pp. 70-93. Lincoln and London: Denver Art Museum/University of Nebraska Press.
- CIEZA DE LEÓN, P., 1962 [1553]. *La Crónica del Perú*. 3rd edition. Madrid: Espasa Calpe, S.A.
- COBO, B., 1964 [1653]. Historia del Nuevo Mundo. In *Obras del P. Bernabé Cobo de la Compañía de Jesús*, Biblioteca de Autores Españoles, Tome 92. Madrid: Ediciones Atlas.
- CORNEJO, L., 1993. Estableciendo diferencias: la representación del orden social en los gorros del período Tiwanaku. In *Identidad y prestigio en los Andes. Gorros, turbantes y diademas*, J. Berenguer, Ed., pp. 27-39. Santiago: Museo Chileno de Arte Precolombino/Banco O'Higgins.
- DURÁN, E.; M. F. KANGISER and N. ACEVEDO, 2000. Colección Max Uhle: Expedición a Calama 1912. *Publicación Ocasional* 56: 5-49, Museo Nacional de Historia Natural, Santiago.
- GALLARDO, F., 1993. La sustancia privilegiada: turbantes, poder y simbolismo en el Formativo del norte de Chile. In *Identidad y prestigio en los Andes. Gorros, turbantes y diademas*, J. Berenguer, Ed., pp. 11-25. Santiago: Museo Chileno de Arte Precolombino/Banco O'Higgins.
- GUAMÁN POMA DE AYALA, F., 1980 [1615]. *El primer nueva crónica y buen gobierno*. Edited by J. Murra & R. Adorno. México, D.F.: Siglo Veintiuno Editores.
- HIDALGO, J. and C. SANTORO, 2001. El Estado Inca. In *Pueblos del desierto entre el Pacífico y los Andes*, C. Santoro et al., Eds., pp. 72-84. Arica: Universidad de Tarapacá.
- HOCES DE LA GUARDIA, S. and P. BRUGNOLI, 1993. Gorros tipo fez. In *Identidad y prestigio en los Andes. Gorros, turbantes y diademas*, J. Berenguer, Ed., pp. 90-92. Santiago: Museo Chileno de Arte Precolombino/Banco O'Higgins.
- HORTA, H., 2000. Diademas de plumas en entierros de la costa del norte de Chile: ¿evidencias de la vestimenta de una posible parcialidad pescadora? *Chungara* 32 (2): 235-243, Arica.
- 2006 Ms. El gorro tipo Fez y la presencia de población altiplánica en el norte de Chile hacia fines del Intermedio Tardío. Manuscripts in the hands of the author.
- KORPISAARI, A. 2005. Fotografías. In *Pariti: isla, misterio y poder. El tesoro cerámico de la cultura Tiwanaku*, A. Korpisaari and M. Pärssinen, Eds., pp. 53 y ss. La Paz.
- MARTÍNEZ, J. L., 1994. Rituales fallidos, gestos vacíos: un desencuentro entre españoles y andinos. *Mundo Precolombino* 1: 28-41, Santiago.
- MICHEL, C. T., 1990. *Textilería incaica en San Juan: los ajuares de los cerros Mercedario, Toro y Tambillos*. San Juan: Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo, Universidad Nacional de San Juan.
- MUSEO ARQUEOLÓGICO SAN MIGUEL DE AZAPA, 1992. *Arica prehispana, arte rupestre: una historia visual*. Exposition report for Fundación Andes. Arica: Departamento Arqueología y Museología de la Universidad de Tarapacá.
- NÚÑEZ, P., 2001. *Chacance, los primeros pampinos*. Antofagasta: Museo Comuna María Elena/Fondo de Identidad y Cultura de la II Región -Antofagasta.
- PALMA, J., 1993. Gorros del oasis de Pica. In *Identidad y prestigio en los Andes. Gorros, turbantes y diademas*, J. Berenguer, Ed., pp. 84-89. Santiago: Museo Chileno de Arte Precolombino/Banco O'Higgins.

- PÄRSSINEN, M., 2005. Tiwanaku: una cultura y un Estado andino. In *Pariti: isla, misterio y poder. El tesoro cerámico de la cultura Tiwanaku*, A. Korpisaari and M. Pärssinen, Eds., pp. 17-37, La Paz.
- PIZARRO, P., 1986 [1571]. *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- PONCE, E., 2002. Mazas prehispánicas de metal: sur del Perú y extremo norte de Chile. *Chungara* 34 (2): 215-223, Arica.
- RAE, 2002. *Diccionario de la Lengua Española*. 22nd Edition, Tome II. Buenos Aires: Real Academia Española/Espasa Calpe S.A.
- SAGÁRNAGA, J. and A. KORPISAARI, 2005. Pariti, la isla que asombró al mundo. In *Pariti: isla, misterio y poder. El tesoro cerámico de la cultura Tiwanaku*, A. Korpisaari and M. Pärssinen, Eds., pp. 39-51, La Paz.
- SANTACRUZ PACHACUTI, J. DE, 1968 [1613]. Relación de antigüedades deste Reyno del Perú. In *Biblioteca de Autores Españoles*, Tome 209, pp. 279-319. Madrid: Ediciones Atlas.
- SANTORO, C., 1980. Fase Azapa: transición del Arcaico al desarrollo agrario inicial en los valles bajos de Arica. *Chungara* 6: 46-56, Arica.
- SARMIENTO DE GAMBOA, P., 1942 [1572]. *Historia de los Incas*. Buenos Aires: Emecé Editores.
- SINCLAIRE, C., 1998. Los gorros de 4 puntas de la colección arqueológica Manuel Blanco Encalada: tipología y secuencia para el valle de Azapa, Arica. *Boletín del Comité Nacional de Conservación Textil* 3: 169-184, Santiago.
- 2005. El traje ceremonial en el contexto de la textilería Chimú/The ceremonial costume in the context of Chimú textile traditions. In *Chimú: laberintos de un traje sagrado/Chimú: labyrinths of a sacred costume*, L. Cornejo and C. Sinclair, Eds., pp. 20-39. Santiago: Museo Chileno de Arte Precolombino.
- 2006 Ms. Los tocados de la región atacameña durante el período de influencia Tiwanaku (fases Séquitur a Yaye). Manuscript in the hands of the author.
- STANDEN, V., 2001. Pueblos de la costa. In *Pueblos del desierto entre el Pacífico y los Andes*, C. Santoro et al., Eds., pp. 29-44. Arica: Universidad de Tarapacá.
- TORRES, C. M. and D. B. REPKE, 2006. *Anadenanthera. Visionary plant of Ancient South America*. New York: The Haworth Herbal Press.
- TORRES-ROUFF, C.; M. A. COSTA-JUNQUEIRA and A. LLAGOSTERA, 2005. Violence in times of change: the Late Intermediate Period in San Pedro de Atacama. *Chungara* 37 (1): 75-83, Arica.
- VIVAR, J. DE, 1966 [1558]. *Crónica y relación copiosa y verdadera de los Reinos de Chile*. Santiago: Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina/Editorial Universitaria S.A.
- YOUNG-SÁNCHEZ, M., 2004a. Pucara stone sculpture. In *Tiwanaku. Ancestors of the Inca*, M. Young-Sánchez, Ed., pp. 76-78. Lincoln and London: Denver Art Museum/University of Nebraska Press.
- 2004b. The art of Tiwanaku. In *Tiwanaku. Ancestors of the Inca*, M. Young-Sánchez, Ed., pp. 24-69. Lincoln and London: Denver Art Museum/University of Nebraska Press.
- ZLATAR, V., 1984. *Cementerio prehispánico Pica-8*. Antofagasta: Universidad de Antofagasta.

*Fundación
Familia Larraín Echenique*

Presidenta

Clara Budnik Sinay

Secretaria

Cecilia Puga Larraín

Tesorero

Hernán Rodríguez Villegas

Consejeros

Rector de la Universidad de Chile,
Víctor Pérez Vera;

Rector de la Pontificia
Universidad Católica de Chile,
Pedro Rosso Rosso;

Alcalde de la Ilustre
Municipalidad de Santiago,
Raúl Alcaíno Lihn;

Directora de Bibliotecas,
Archivos y Museos,
Nivia Palma Manríquez;

Presidente de la Academia
Chilena de Historia,
Fernando Silva Vargas,
Francisco Mena Larraín y
R. P. Gabriel Guarda Gewitz
O. S. B.

Consejeros Honorarios

María Luisa Del Río de Edwards
Luz Irrarrázabal de Philippi
María Luisa Larraín de Donoso

*Museo Chileno
de Arte Precolombino*

Director

Carlos Aldunate del Solar

Subdirector

Francisco Mena Larraín

Curador Jefe

José Berenguer Rodríguez

Conservadora

Pilar Alliende Estévez

Jefa Administrativa

Julia Arriagada Palma

Relacionadora pública

Luisa Eyzaguirre Letelier

Museógrafo

José Pérez de Arce Antoncich

Curaduría

Luis Cornejo Bustamante
Carole Sinclair Aguirre

Conservación

María Victoria Carvajal Campusano
Erica Ramírez Rosales
Andrés Rosales Zbinden
Luis Solar Labra

Registro de colecciones

Varinia Varela Guarda

Area audiovisual

Francisco Gallardo Ibáñez
Claudio Mercado Muñoz

Educación

Rebeca Assael Mitnik
Sara Vargas Neira

Biblioteca

Marcela Enríquez Bello
Isabel Carrasco Paineñil

Administración

Mónica Marín Schmidt (Secretaria)
Erika Doering Araya (Contadora)
Raúl Padilla Izamit (Junior)
Guillermo Restelli Valdivia
(Mantención)

Recepción

Carmen Luz Lagos Dougnac
María Teresa Flórez Labra

Tienda

Carolina Blanco Vidal
Camila Banderas Acharán

Exposición
Gorros del Desierto

**Curaduría, Museología, Conservación,
Administración y Audiovisuales**
Museo Chileno de Arte Precolombino

Colaboradores externos Conservación

Camila Moraga
Isabel Martínez
Nancy Valdivia
Cristina Guerra
Francisca Gili
Mónica Santana
Mónica Rojas
Isabel Zambelli
Mariela González
Catalina Inostroza
Vitrinas: Centro Cultural
Palacio de La Moneda

Tecnología textil

Paulina Brugnoli
Soledad Hoces de la Guardia
Mónica Bravo

Museografía y diseño

Rodrigo Costa
Wolfgang Breuer y Suzan Aracena
de Eneo Diseño Ltda.

Animaciones

Carlos Silva
Karen Seco
Rodrigo Alarcón
Benjamín Miranda
Pablo Vergara

Dibujos

Ángel Antonelli

Catálogo

Editor

Luis E. Cornejo B.

Ilustración Portada

José Pérez de Arce

Fotografías

Fernando Maldonado R.

Diseño y producción

José Neira D.

Tesis DG

www.tesisdg.cl

Traducción al inglés

Melissa Edwards A.

Peter Kendall

Impresión

Quebecor World Chile

Museo Chileno de Arte Precolombino

Bandera 361/Casilla 3687

www.museoprecolombino.cl

Santiago de Chile

octubre 2006

Inscripción registro de
propiedad intelectual No. 158042

ISBN 956-243-052-9



ILUSTRE
MUNICIPALIDAD
DE SANTIAGO

MUSEO CHILENO
DE ARTE
PRECOLOMBINO

FUNDACION
FAMILIA
LARRAIN ECHENIQUE



MINERA ESCONDIDA

Operada por BHP Billiton

